

5.60

EL JUEGO
DEL TEATRO
EN EL AMOR



TEATRO

LUIS ALBERTO
RIVERO

EL JUEGO
DEL TEATRO
EN EL AMOR



Editorial Letras Cubanas. La Habana, Cuba

Edición / Eliana Dávila
Ilustración de cubierta / Carlos Suárez
Corrección / Sonia Carreras
Composición computadorizada / Tatiana Saprikina

© Luis Alberto Rivero, 1994
© Sobre la presente edición:
Editorial Letras Cubanas, 1994

ISBN 959-10-0208-4

ISBN 959-209-080-7

Instituto Cubano del Libro
Editorial Letras Cubanas
Palacio del Segundo Cabo
O'Reilly 4, esquina a Tacón
La Habana, Cuba

Creo que lo más serio y lo más divertido de El juego del teatro en el amor es esa especie de truco de espejos en el cual uno de ellos refleja al otro, o los dos se reflejan al mismo tiempo, sin que podamos saber jamás lo que contienen. La seriedad está precisamente en ese juego, en un reflejo mutuo que atisbamos pero que no podemos conocer con certeza. Es la misma seriedad con que el niño aspira a descubrir lo que reflejan esos dos espejos colocados frente a frente, y cuando lo hace, se encuentra reflejado en uno de ellos. Nunca alcanzamos a ver la imagen del vacío, pero siempre intentamos hacerlo. El dramaturgo aspira a divertirnos con esa incertidumbre, con ese juego a descubrir el juego que borra las fronteras entre lo que conocemos y lo que imaginamos, a sabiendas de que nunca terminaremos de jugar.

El juego del teatro en el amor va a desarrollar su argumento precisamente en esa diversión, en cómo pillar al teatro cuando trata de reflejar la vida. Ya sabemos que el juego es antiguo, pero no irrepetible. Cada acto de ruptura con las convenciones aporta una nueva regla para jugar. Los maestros de la línea escogida por Luis Alberto Rivero de la Torre se dedicaron a destruir la teatralidad de la llamada alta comedia, de su aparato escénico, de su almidonada falsedad. Aquí está Pirandello burlándose del montaje convencional del teatro digestivo y elegante que poblaba la escena italiana de su tiempo, pero también está Abelardo Estorino burlándose del teatro de bolsillo y de sus convenciones actorales. Luis

Alberto Rivero de la Torre empieza a jugar con lo que sus maestros creyeron destruido. Esta es una nueva regla de juego. Vamos a tomar un prólogo, tres tiempos, y un epílogo a la manera de la alta comedia ya destruida, y vamos a jugar con personajes de arquetipo que no pueden tomarse en serio: La Muerte, el Diablo, Venus, Cupido, la Prostituta y el Don Juan, quienes llegan al teatro perfectamente apaleados por la historia del arte para participar de una experiencia en la que todavía se creen importantes. La diversión estará precisamente en ese contraste, entre lo que ellos se creen y lo que nosotros sabemos que son. Lo curioso es que estos personajes creen también que han caído en la «vida» para obstaculizar o hacer progresar una historia de amor que transcurre en el mundo cotidiano, cuando en verdad han caído en un grupo de teatro que trata de representar de modo verosímil una historia de amor.

El primero, y el único en darse cuenta de esta situación, es Cupido. Él conoce una historia real que está tratando de representarse y se opone a la falsedad o vacuidad con que el equipo de realización está tratando de hacerlo. Esta nueva falsedad ya no es la alta comedia, sino el teatro convencional cubano de tema amoroso que puso en circulación los asuntos del machismo, la dependencia de la mujer al hombre, y los conflictos entre el pasado y el presente a fines de los años setenta y comienzos de los ochenta. Cupido sabe que esa historia no es así, y se rebela contra el director, el dramaturgo y los técnicos del teatro. Es capaz de intuir, aunque no de descubrir, que hay algo «raro» en esa manera de representar, porque los actores que encarnan a los personajes también se rebelan constantemente contra la falsedad de sus papeles, aburridos de una historia de amor tan falsa como las historias galantes y melodramáticas de la alta comedia. De modo que estamos en presencia de un doble juego: por un lado, la absoluta ingenuidad e inocencia de los personajes arquetipos —excepto Cupido— que se toman en serio su trabajo porque desconocen olímpicamente que hubo un Pirandello que los destruyó, y por otro, la absoluta necesidad de subvertir una

manera de hacer teatro que pesa sobre los actores como una «nueva alta comedia». Este es el juego del teatro, que no es más que un juego de espejos. El dramaturgo presenta un espejo —la vieja y destruida tradición— y lo coloca frente a otro —la tradición nacida entre nosotros que no ha terminado de destruirse—. Las dos ya están vacías de significado porque siempre funcionaron con arquetipos. La vieja alta comedia con sus personajes confidentes, su intriga, su acartonada actuación, sus *deus ex machina*; la nueva alta comedia con sus personajes «típicos», sus asuntos superficiales, su mensaje «ideológico», su «reflejo» de la realidad. Es por eso que los actores se rebelan, porque ya saben que están trabajando en una tradición muerta. Esta tradición, como la otra, es incapaz de una representación artística y verdadera de una historia de amor.

Este es el núcleo conceptual de esta pieza, y su más atrevida ambición. Demostrar al lector y, naturalmente, al espectador, que no es posible teatralizar la vida con esquemas de ningún tipo. La historia de amor de Romero y Julia era la posibilidad que tenían los actores para desentrañar el misterio del amor sin la presencia de «denuncias» sociales o actitudes «comprometidas». Pero ellos no saben oponerse y se dejan vencer por la rutina. Su oposición es débil y aparece fragmentada en el texto. Ellos dejan constancia de su incapacidad en cada una de sus intervenciones, mientras los grandes arquetipos se creen que el destino de Romero y Julia les pertenece y se dedican a jugar con el amor. Rivero de la Torre toma esta línea como pivote de resistencia para desarrollar la otra, es decir, los contratiempos de Romero y Julia, sus vicisitudes, sus avances y retrocesos en su relación de pareja. El hilo rojo de esta línea es una historia de amor convencional. «¿Qué es el amor?», es la pregunta que vuelve a hacerse el dramaturgo, y es tan grande y tan insondable que no tiene respuesta. Mientras los grandes arquetipos pretenden atacar o defender a la pareja, mientras los actores se niegan a representar una mentira, mientras Romero y Julia tratan de conservar la magia del amor... Ahora la pregunta

es otra: «¿Podrá representarse el amor?» Shakespeare lo consiguió de manera brillante en *Romeo y Julieta*, pero, a pesar de su grandeza, no agotó la respuesta. A mi juicio, lo más valioso de *El juego del teatro en el amor* es el intento. Rivero de la Torre dramatiza el intento, luchando con todas las tradiciones que repudía. La dificultad de representar el amor es su resultado.

Considero que esta pieza tiene escenas de lograda calidad, pero no siempre los puentes entre una y otra están contruidos con la misma delicadeza. No obstante, prefiero la ambición en la búsqueda, con los naturales altibajos que esto comporta, a la selección de un camino trillado, más seguro, pero también menos apasionante.

Los dejo con el texto, con la emoción compartida de la lectura, y con el deseo de que cada uno de ustedes imagine su propia puesta en escena. Esto, y no otra cosa, es el teatro.

FRANCISCO LÓPEZ SACHA

27 de febrero de 1993

Crece, con el trabajo oculto del tiempo

HORACIO

PERSONAJES

ROMERO	MUCHACHO
JULIA	MUCHACHA
ANDRÉS	CUPIDO
CRISTINA	VENUS
LINO	EL DIABLO
MARYLÍN	LA MUERTE
DON JUAN	LA PROSTITUTA

Acción: En La Habana, a fines de la década del 80 (entre 1985-1990).

PRÓLOGO

Se ilumina el escenario, al mismo tiempo que se escucha música dulzona de un violín. Hay un telón que sugiere una escenografía. Entran Romero y Andrés. Caminan mientras hablan, muy próximos al público. Cesa la música.

ANDRÉS. Bueno, ¿y qué? ¿No hay arreglo?

ROMERO. Yo creo que no.

ANDRÉS. ¿Después de tanto tiempo juntos?

ROMERO. ¿El tiempo? (*Reflexionando.*) A ver, y en definitiva, ¿por qué te asombras tanto? ¿Te acuerdas cuando me hice novio de ella? (*Salen.*)

Entran Julia y Cristina. También caminan mientras hablan.

CRISTINA. ¡Qué lástima, chica! ¡Tan bien que ustedes se llevaban!

JULIA. ¡Qué imaginación!

CRISTINA. No hace tanto me contaste lo de la fiesta en la casa por el aniversario de bodas.

JULIA. ¡Ah, sí! Y al día siguiente..., no lo entenderías. Es que las cosas cambian. Ese es el problema. O quizás la suerte. (*Pausa.*) ¿Te acuerdas cuando me hice novia de él? (*Salen.*)

Aparece Cupido de súbito.

CUPIDO. Me van a tener que perdonar. Yo sé que ya no está de moda eso de que un relator venga a contar algo de la obra. Pero ¿ustedes vicron? La escena anterior no va ahí. ¡Si eso ocurre casi al final! (*Más bajo.*) ¿Saben lo que pasa? Que entre el director y el dramaturgo se pusieron de acuerdo para representar primero esta parte. Sí, sí, porque eso de empezar por el final para después enterarte del principio por una retrospectiva sí se usa mucho ahora. ¡Mis respetos para los teatristas!, pero en asuntos de amores, yo creo que hay que ir viendo poquito a poquito, desde el mismísimo comienzo. Y que me perdonen de nuevo, pero la historia real, la que yo me sé, empieza de otra forma.

El telón se va levantando lentamente. Cupido, sorprendido, sale apresuradamente.

PRIMER TIEMPO

ESCENA I

Se ilumina el extremo izquierdo del escenario mientras el resto permanece a oscuras. Al fondo se distinguen unos edificios apuntalados. Aparece Romero en el espacio visible, sentado en el banco de un parque mientras lee un libro. Avanza hacia él, despacio, el célebre Don Juan. Viste pantalones holgados, camisa blanca de manga larga y calza zapatos de punta fina. Usa una cadena de cuello y una manilla en una de sus muñecas. Fuma un cigarrillo.

DON JUAN. Amigo, discúlpame, pero sabes..., como te encontré solo aquí, pues supuse..., pensé que tal vez...

ROMERO. (*Molesto.*) ¿Por qué mejor no me deja seguir leyendo, eh?

DON JUAN. ¿Por qué no me dejas hablar?

ROMERO. ¡Ah, ah, mire, mejor no siga!

DON JUAN. ¡Pero si esa novela tienes toda la vida para leerla! En cambio, lo otro...

ROMERO. (*Resignado.*) ¿Qué quiere?

DON JUAN. Pues... sucede que tengo una cita.

ROMERO. ¿Qué dice?

DON JUAN. (*Aparte.*) Me equivoqué, un cuadro; quiero decir, con unas... (*titubea*) muchachas.

ROMERO. (*Interesado de pronto.*) ¿Ah, sí? ¡Qué casualidad! Yo también esperaba a una muchacha.

DON JUAN. Lo malo es que... en mi caso el socio que me iba a... acompañar, me avisó ya muy tarde que no podría venir. Y comprenderás que yo solo con las dos..., pues... Por dinero no te preocupes. (*Se toca los bolsillos.*) Tengo suficiente hasta para el portero del lugar. Y de lo otro, te aseguro que no te vas a arrepentir.

ROMERO. Pero si no las conozco.

DON JUAN. Esperamos a que lleguen, si te complacen, bien, si no, ¡mala suerte! Tú por tu camino y yo por el mío. (*Se sienta al lado de Romero.*) Bueno, ¿y cómo se llama ella?

ROMERO. ¿Quién?

DON JUAN. La que esperabas o en la que pensabas.

ROMERO. (*Desconfiado de nuevo.*) ¿Cómo lo sabes?

DON JUAN. ¿No me lo acabas de decir?

ROMERO. ¿Y para qué lo quieres saber?

DON JUAN. Vamos, muchacho, se ve que todavía no me conoces, ¿eh?

ROMERO. Bueno, en realidad aún no sé ni su nombre.

DON JUAN. Juan, pero eso no es lo más importante. (*Le tiende la mano.*)

ROMERO. (*Decidiéndose a estrecharla.*) Yo, Romero. (*Duda.*) Y ella... Julia.

DON JUAN. ¿Y a qué le temes? Con un buen plan, ni la Julieta esa ni ninguna se te resiste.

ROMERO. (*Rectificándolo.*) Julia.

DON JUAN. Cierto. ¡Vaya asociación tonta! Pero te repito, no puedes temer hablarle, ¡ah!, y tampoco tomar las cosas con demasiado furor. La otra persona es quien debe arriesgar, caer en tus brazos y entregarse apasionadamente.

ROMERO. Me desconciertas un poco.

DON JUAN. ¡Si es bien fácil! Amas, con riesgo de que no te amen, o eres amado sin preocuparte de sentimientos propios.

ROMERO. ¡Qué sencillo es todo para usted!

DON JUAN. (*Riendo.*) El éxito está en mantenerse dentro de los límites, casi al margen. Por supuesto, para ello es menester sangre fría y un mínimo de talento, para que parezca que ese amor es idéntico por ambas partes. ¡Pura ilusión!

ROMERO. Perfecto. Pero sus amigas son las que no vienen.

DON JUAN. No me digas más usted, ¿quieres? ¿Qué hora tiene tu reloj?

ROMERO. Casi las 10:00.

DON JUAN. Pues en verdad, me había distraído. Si supieras, creo que nos han pagado con un buen desplante.

ROMERO. Ni creas. Tal vez sea mejor así.

DON JUAN. Entonces discúlpame, pero quizás deba ver a alguien aún antes de que sea medianoche. ¡Ah! Y no dejes de pensar en lo que te dije. (*Le tiende la mano para despedirse.*)

Salen del escenario hacia direcciones contrarias. El extremo derecho, por donde saldrá Don Juan, se iluminará de pronto. Aparece Julia en espera de una guagua. Se acerca a ella una mujer joven que viste minifalda negra muy ajustada, blusa con escote bastante pronunciado que deja ver el nacimiento de los senos, y zapatos de tacones altos.

LA PROSTITUTA. Niña, niña, espérate ahí, mi cielo.

JULIA. Estoy sin moverme. ¿Qué te pasa?

LA PROSTITUTA. Ay, muchacha, que quiero estar al menos acompañada por tí. No se ve un alma en esta calle oscura y hay un tipo por allá atrás que hace dos o tres cuadras que viene siguiéndome. Tú sabes como es eso. La ven a una así... (*se retoca el peinado*) y enseguida piensan que queremos provocarlos.

JULIA. Ah, sí, sí. No hay problemas. Pero ¿vas muy lejos?

LA PROSTITUTA. No, no, cerca del Hotel Primavera.

JULIA. Yo voy más o menos cerca de ese rumbo. ¿Vives por ahí?

LA PROSTITUTA. Esto..., sí, sí.

JULIA. ¡Qué extraño no habernos visto antes!

LA PROSTITUTA. Bueno..., yo a ti sí te he visto. ¿Tú no tienes un... amigo que se llama... ¡Ay! ¿Cómo es?... Le dicen por el apellido... ¡Romero! ¡Eso es, Romero!

JULIA. (*Ruborizada.*) ¿Lo conoces?

LA PROSTITUTA. Bueno, cuando era chiquita, viví cerca de su casa. ¡Qué barrio aquel! Después nos veíamos por ahí de

vez en cuando y nos saludábamos y eso. Pero no sé si es que ya no se acuerda de mí o que es un poco tímido..., el caso es que desde hace tiempo no me saluda. ¡A no ser porque muchas de estas veces que nos hemos encontrado, ha ido contigo.

JULIA. ¿Connmigo?

LA PROSTITUTA. Sí, sí, de ahí es que te conozco. Yo hasta pensaba que eran novios.

JULIA. ¿Y por qué no va a querer saludarte porque vaya connmigo?

LA PROSTITUTA. Pues mira, y perdona mi franqueza, porque se veían como dos enamoraditos. ¡Sólo les faltaba cogerse del brazo! Hasta hacen bonita pareja y todo. Oye, él no es nada feo, se ha puesto más gracioso, ¡deberían hacerse novios! Cuando era chiquito parecía que iba a ser un enano cabezón, ¡y tan flaquito! Pero ya tú ves, ¡se arregló!

JULIA. (*Molesta.*) ¿Pero viniste a sentirte acompañada o a decirme lo que tengo que hacer en mi vida?

LA PROSTITUTA. Ay, chica, no seas así. No fue mi intención, pero es que... yo sé como es eso, a veces a una le gusta un hombre, pero él no se decide... y eso si no se puede permitir, ¡qué va! Óyeme, ahí es cuando una tiene que hacer así y probar con todo lo que está inventado y lo que no, para que él se dé cuenta, y si ya se dio cuenta pero no acaba de cuajar, meterle el impulso final. Te lo digo porque me parece que tú estás en una situación parecida y lo que te hace falta es eso, una acción rápida. ¡Si se ve que en el fondo él también está loquito por ti! Sigue mi consejo y te vas a acordar de mí. Un apoyo constante en él como si estuvieras más cansada que nadie, unas miraditas directas a los ojos como si quisieras meterte de cabeza dentro de ellos, una insinuación de que te sientes muy sola en estos días y necesitas a alguien que te comprenda. Oye, si todas esas cosas fallan, es que vas a tener que enamorarlo tú.

JULIA. Si yo hubiera sabido que hablabas tanto no hubiera dejado que te quedaras aquí. Mira, ahí viene la guagua.

LA PROSTITUTA. Ay, yo me tengo que ir.

JULIA. ¿Pero tú no ibas a coger esta misma ruta?

LA PROSTITUTA. Sí, pero ¡qué va!, me arrepentí. Es muy lejos, mejor me voy a quedar en casa de una tía, que puedo ir caminando.

JULIA. Bueno, entonces adiós.

LA PROSTITUTA. No te olvides del consejo.

Sale de escena.

ESCENA II

Entra música fúnebre. La luz descende lentamente. Puede haber efecto de humo, que entorpezca la visión del espectador. Aparece la figura de La Muerte.

LA MUERTE. Realmente, no sé por qué mi sola presencia suele infundir temor a muchos. Creo que a veces es más bien un problema de sugestión, porque en honor a la verdad, últimamente no he podido llevar a cabo ningún trabajo que me satisfaga completamente, más bien han sido pequeñas escaramuzas por ahí, otras por allá, pero nada que haya podido disfrutar a plenitud. Aunque bueno, de todos modos, creo que nunca perderé la facultad, a pesar de todo el tiempo que cargo a mis espaldas, de poder llegar a cualquier lugar a la hora que me plazca. Y en eso de discutir quién es quién, si no protagónico, siempre he sido personaje importante en la historia del arte. Yo no sé qué sucede que en cuanta obra de amor que haya, desde Romeo y Julieta, los enamorados se pasan la vida diciendo que dan la vida el uno por el otro. Antes pensaba que no sabían lo que hablaban. Pero desde que Shakespeare me convenció, no me caben dudas. Hay gente que

es capaz de venir a verme así, voluntariamente, sin que a mí se me haya ocurrido mandarlos a buscar todavía. ¡A la humanidad no hay quien la entienda! ¡A veces hay otros que me cuesta más trabajo agarrarlos! ¡Días enteros detrás de una sola persona! En verdad, de estas últimas son las que más abundan, porque ya ni los dramaturgos se arriesgan a poner a un personaje matándose por amor. Será que tienen miedo a que el público se lo crea. Y yo no sé mucho de eso, pero lo que sí veo es la misma bobería en todas las parejas. ¡Total! Cuando se pelean hacen lo mismo y se comportan igual con el próximo o la próxima. ¡Hay que dejarlos, pobrecitos! El amor es una ilusión que se inventan para pasarla mejor en la vida.

Se escuchan voces de Romero y Julia poco a poco desde lejos; la Muerte sale de escena apresuradamente.

ESCENA III

El escenario comienza a iluminarse, permitiendo comprobar que la acción tiene lugar en un cementerio visitado por los jóvenes para ver la capilla mortuoria de Falla-Bonet. Es de tarde, aunque muy pronto comenzará a oscurecer, y la temperatura es muy agradable.

JULIA. ¿Ves que no nos llevaba tanto tiempo?

ROMERO. Pero todavía no sé lo que te pasó ayer.

JULIA. La lluvia.

ROMERO. ¿Lluvia? ¡Imposible! ¡En mi casa hubiéramos sido los primeros en enterarnos!

JULIA. Entonces el frío.

ROMERO. ¿Frío?

JULIA. La atmósfera estaba cargada de humedad, el cielo repleto de nubes y casi que se presentía el olor a tierra mojada.

ROMERO. ¿Estás delirando? ¿Por qué mejor no nos sentamos?

La toma del brazo y se encaminan hacia un muro al fondo del escenario; la iluminación debe hacerse tenue para propiciar una atmósfera más íntima.

JULIA. ¿Y bien?

ROMERO. ¿Estás mejor?

JULIA. Discúlpame. Sólo trataba de contarte un sueño.

ROMERO. Es que de pronto no te parecías a la misma Julia de siempre.

JULIA. Era la Julia del sueño.

ROMERO. Yo también soñé anoche.

JULIA. ¿Y por qué no me cuentas?

ROMERO. (Riendo.) No. Primero debes terminar tú.

JULIA. ¿Y si el mío es una pesadilla?

ROMERO. Ah, no. Entonces déjame con la impresión de mi sueño feliz.

JULIA. ¿Ves que no es tan difícil?

ROMERO. ¿Qué?

JULIA. Hablar de esa manera que no entendías al principio.

ROMERO. Sí. Es casi como en los libros, o como una contraseña, una clave. Pero me gusta. Tiene su encanto. Aunque de todos modos eso de la imaginación está bien hasta un punto.

JULIA. ¿Por qué?

ROMERO. Hace tiempo que nos conocemos, ¿verdad? Entonces cierra los ojos un momento para demostrártelo.

JULIA. ¿Qué juego es ese?

ROMERO. Obedece y verás.

JULIA. (Cerrando los ojos.) Ya.

ROMERO. Debes permanecer así un rato. Comienza a imaginar todo lo que deseas, y cuando lo tengas, me avisas.

JULIA. No olvides dónde estamos. A lo mejor eso influye en que comience a fantasear con cosas trágicas.

ROMERO. Te doy unos minutos.

JULIA. No hace falta tanto. Sólo hay una imagen fija.

ROMERO. *(Acercándose y besándola suavemente en los labios.)* ¿Tan pobre es tu imaginación?

JULIA. *(Besándolo también.)* Tan grande es mi deseo. *(Ríen y se abrazan con fuerza.)*

ROMERO. *(Triunfal.)* Ahora sí. *(Vuelven a reír y a besarse.)* ¿Ves? La realidad supera los sueños.

JULIA. ¿Entonces para qué la gente inventa e imagina cosas?

ROMERO. No sé. Siempre ha sido así. Mejor deja eso y dame otro beso.

JULIA. *(Riendo.)* ¿Vas a empezar a hablar en rima también? *(Se dan un beso más prolongado.)*

ROMERO. ¿No será una confusión? Quizás este es el sueño, y lo que queríamos contar, la realidad.

JULIA. No.

ROMERO. ¿Y por qué de pronto me siento como un vulgar actor memorizando textos que no puede olvidar? *(Pausa.)* Es extraño. Mejor vamos caminando.

JULIA. Si me prometes cambiar esa cara tan seria.

ROMERO. ¡Boberías!

La insta a levantarse, lo hacen y desaparecen por el fondo bien abrazados.

ESCENA IV

La Muerte y el Diablo en escena.

EL DIABLO. Todavía no comprendo qué noticias pueden ser para que la atormenten de ese modo.

LA MUERTE. Tenemos que actuar rápidamente. *(Pausa.)* Sólo entre los dos podemos hacerlos detenerse a tiempo.

EL DIABLO. ¿A quiénes?

LA MUERTE. A ellos, a los dos amantes.

EL DIABLO. Permítame que le sea franco, pero a fin de cuentas, ¿qué hay de especial en esta pareja para que le interese de tal modo su historia en particular? Tiene todo el tiempo de la vida, bueno, de la muerte, para hacer cuanto se le antoje. Si yo fuera usted, le confieso que no me preocuparía tanto y dejaría vivir en paz por un tiempo a los muchachos.

LA MUERTE. ¡Imposible! Es necesario que siempre me teman, que lleguen a tomar las decisiones sin dejar de pensar en mí un solo instante de sus vidas. Eso es mucho más satisfactorio que todo el momento de la hora final. Lo más fascinante no es tener el poder para decidir la muerte de alguien, sino precisamente poseer el privilegio de hacerlos sufrir durante toda una existencia, pensando en cómo, cuándo y dónde tendrá lugar el hecho.

EL DIABLO. De todas formas, sus argumentos se me pierden un poco. ¿Por qué esa insistencia feroz con ellos? Nunca la he visto tan preocupada por un asunto similar en muchos años.

LA MUERTE. ¿Se supone que deba decírtelo?

EL DIABLO. Eso queda a su elección, pero recuerde, siempre sería más difícil a la hora de trabajar juntos contra ellos, si no conozco todos los detalles del problema, y sobre todo, las más recónditas motivaciones que posee.

LA MUERTE. Está bien. Pero debe quedar entre nosotros. *(Pausa.)* Es algo que ocurrió hace mucho tiempo, sin embargo, no puedo evitarlo, siempre que lo recuerdo me entran temblores horribles.

EL DIABLO. ¡Es increíble! ¿Qué cosa puede ser que tortura de esa forma a la reina de las tinieblas?

LA MUERTE. Fue en Verona, y suele parecerme que acaba de ocurrir. Jamás se había dado un caso similar. Dos amantes me arrastraron hacia ellos, totalmente en contra de mi voluntad. Cada uno moría por el otro. ¡Era monstruoso! Lo hacían con placer. Él se bebió el veneno de un gran

sorbo, ella se clavó el puñal casi disfrutándolo. Yo no los maté. Incluso traté de demorar por todos los medios el paso indetenible hacia la oscuridad. ¿Imaginas eso? Yo, tratando de impedir que alguien muriera. Pero no podía hacer otra cosa, me repugnaba aquello, ¿de qué servía yo entonces si dos personas por sentir algo tan intenso buscaban voluntariamente su propio fin? ¿Te das cuenta? Esos muchachos me hacen evocar demasiado aquellos tormentos; no sé por qué se me parecen, por qué los odio, por qué los imagino destinados por la providencia para repetir la historia; se los veo en la mirada, en la actitud, en los nombres, en la forma de besarse. Quizás sean alucinaciones, no sé, pero también me asusta que hay mucha gente moviéndose alrededor de ellos, y es un síntoma sospechoso; aquella vez algo parecido comenzó a ocurrir. Para colmo, su romance empieza en un lugar semejante a donde terminó aquel. ¿Me comprendes ahora? ¡Hay que destruirlos! ¡Y pronto! Una vez consolidada la relación y acontecido todo lo que me temo, ¡ni el mismísimo diablo podrá con ellos!

EL DIABLO. De acuerdo, voy dándome cuenta y vislumbrando sus intenciones. Pero creo que se atormenta usted excesivamente. Para empezar, recuerde algo a nuestro favor: los amigos de nuestras futuras víctimas.

LA MUERTE. Le doy mi palabra que ahora soy yo la que no acierta a comprenderle.

EL DIABLO. Vamos, señora, ¡que no se diga! Le aseguro que esos supuestos amigos, pueden ser más poderosos que usted y que yo en un momento determinado, su influencia es asombrosa. Sólo debemos tratar de apoderarnos un poco de su voluntad para manejarlos según nos plazca. Le repito, Romeo y Julieta tuvieron tal desenlace porque no tenían amigos ni amigas que les hablaran mal de uno y la otra. Si no, estoy convencido de que la historia hubiera tenido otro final.

LA MUERTE. Siempre te he tenido confianza. Esta vez no será distinto.

EL DIABLO. A ambos nos interesa la acción. Pero déjeme los primeros pasos. Esto comienza a calentarse ya.

El Diablo sale, queda la Muerte en escena y se apaga la luz lentamente.

ESCENA V

Romero y Julia. El escenario está dividido en dos grandes partes. En una de ellas todo lo que sucederá pertenecerá al presente que están viviendo los personajes; cuando los actores se muevan por la otra, equivaldrá a que la acción pertenece al futuro, pero este código sólo tendrá validez hasta el momento que estalla la tormenta. El extremo del presente será un espacio ambientado de tal forma que dé la impresión de que los personajes pisan por vez primera este lugar, y esto los envuelve en una sensación de asombro y fascinación, de desconcierto y deslumbramiento. El lugar, sin ser el paraíso, es un encantador sitio donde puede ocurrir lo más hermoso e insólito. Pueden haber juguetes, cajas de música, libros, títeres, muñecos, fotos de paisajes, pinturas, cuadros. Toda la atmósfera debe estar revestida de una magia inexplicable. En el otro extremo, separado por una pared, con una puerta que comunica ambos espacios y que estará situada exactamente en el medio del escenario, está un cuarto común y corriente, con una cama-camara y algunos objetos de uso doméstico, así como una foto de la boda de los protagonistas, enmarcada dentro de un cuadro que cuelga de la pared. El diálogo en la escena comienza con los personajes situados en el extremo izquierdo del escenario, es decir, del lado de la fantasía, de la magia, del color.

ROMERO. ¡Qué lugar tan extraño! ¿Tú entiendes algo? Pensaba que conocía la ciudad entera, y ya ves, siempre es posible encontrar una sorpresa.

JULIA. Sí que es raro. Pero me gusta mucho. ¿Cómo es que nunca habíamos venido aquí?

ROMERO. Es todo tan irreal. Más bien parece uno de tus sueños. Si a alguien le contáramos, nadie nos creería, ¿te das cuenta? Es demasiado fantástico, ideal. ¡Si parece que estamos en las nubes! Desde que nos besamos por primera vez, cuando estoy contigo me da la impresión de que hay algo sobrenatural que nos rodea, un mar que nos envuelve, ciertas sombras, algún murmullo. A veces creo que estoy loco. Pero ya te lo dije, desde aquella noche, me siento como en una obra de ficción, y para colmo, como si nos persiguieran otros personajes salidos de obras distintas a la nuestra.

JULIA. Te pones tonto, ¿sabes? Luego hablas de mí. Pero te sugiero algo. Cuando sientas llegar a esos fantasmas que nos caen detrás, no te preocupes, ni vayas a asustarlos, ¿para qué? Déjalos que participen de nuestra alegría, que la disfruten aunque sea de lejos.

ROMERO. Lo que sucede es que mucha gente se empeña en separar lo fantástico de lo real. ¡Como si estuvieran radicalmente desligados! ¿Por qué, por qué no podría ser que alguna vez nos hubiéramos visto tú y yo, en algún momento anterior?, ¡qué sé yo!, tal vez escondido en cualquier recoveco del tiempo, sin que ninguno de los dos lo recordemos!

JULIA. Ahora es que tomo conciencia de mis locuras, al verlas reflejadas en mi pareja. ¡Qué lástima! Ya no hay contraste.

ROMERO. ¿De qué hablas?

JULIA. ¿De qué hablas tú? Parece que estás en el espacio.

ROMERO. Es que siento como si te conociera desde que nací. De veras, es todo lo que me pasa. ¡Si pudieras darte cuenta! ¡Es tan raro!, a lo mejor estúpido, pero no puedo evitarlo.

JULIA. ¡No puede ser! (*Riendo.*) Cuando tú naciste, yo todavía estaba en la barriga de mi mamá. ¿qué te parece? ¡A no ser que fueras un niño con poderes... sobrenaturales!

ROMERO. Sabía que te ibas a burlar.

JULIA. No seas bobo. Es una broma. ¿Te crees que no me pasa lo mismo? Es como si fuera montada en un tren grande, con muchos vagones, tantos, que la línea se me pierde en el horizonte.

ROMERO. Entonces hazte la idea de que este día, este lugar y esta hora se hizo para nosotros dos nada más. ¡Qué importa lo que vayan a pensar o decir los demás! Si alguien quiere mirar u oír, que lo haga. No vamos a limitarnos nosotros por eso.

JULIA. ¿Como si estuviéramos en una isla desierta?

ROMERO. En las islas desiertas no hay trenes.

JULIA. Eso es lo de menos. Nosotros ya teníamos el que yo imaginé.

ROMERO. ¿Y cuál es su destino?

JULIA. No tiene rumbo fijo. Es un tren...

ROMERO. ¿No es el lechero?

JULIA. ¡Sangrón!

ROMERO. ¡Menos mal! Con ese sí no llegamos nunca.

JULIA. ¿Adónde quieres llegar?

ROMERO. No sé. Se supone que uno siempre debe llegar a alguna parte.

JULIA. Pues mi tren a veces avanza y otras prefiere retroceder; detrás van quedando paisajes, detalles, sonidos. Pero después, cuando regresa, se vuelven a recorrer, a apreciar, a oír.

ROMERO. ¡Qué poético!

JULIA. ¿Por qué te pones tan pesado?

ROMERO. Me hace gracia eso de un tren que va para adelante y para atrás. Y perdóname, pero no le veo mucho lirismo. Se parece demasiado a cualquier tren vulgar y corriente, de Cuba, por supuesto.

JULIA. Hazte la idea entonces de que estás en otro país.

ROMERO. ¡Ah!, no, no. ¿Hasta dónde tú quieres llegar? ¡Qué va, muchacha! Hasta ahí no llega mi imaginación.

JULIA. ¡Ya sabía yo! Lo tuyo tenía un límite.

ROMERO. Todo tiene sus límites.

JULIA. ¿Sí?

ROMERO. Claro, hasta el amor.

JULIA. ¡No me digas!

ROMERO. ¿Qué pensabas?

JULIA. No sé, una siempre piensa que alguien puede decirle algo diferente. Pero a veces se equivoca con las personas.

ROMERO. ¿Qué tú estás queriendo decir?

JULIA. Lo que oíste. Me equivoqué.

ROMERO. ¿Cómo?

JULIA. Tú mismo acabas de decirlo. Todo tiene un límite.

Abre la puerta que da al extremo derecho del escenario, entra al cuarto; Romero detrás de ella, dando un portazo. De pronto el tono de la discusión, que era todavía de pequeña fuerza, va tomando otras dimensiones. Los personajes cobran una energía diferente, es como si se acaloraran realmente de pronto por un motivo insignificante, como si la reacción fuera superior al estímulo.

ROMERO. Ahora mismo vas a tener que explicar esa jerigonza.

JULIA. Habría que ver quién tiene que pedirle explicaciones a quién.

ROMERO. Yo no tengo que rendirle cuentas a nadie.

JULIA. ¿Ah, no? Entonces, yo tampoco.

ROMERO. No quiero entrar ahora en ese tipo de discusiones.

JULIA. ¿Siempre evades lo que no te conviene, verdad? ¡Y parecías tan moderno, tan civilizado!

ROMERO. ¿Y qué crees? ¿Que es mentira?

JULIA. Completamente.

ROMERO. Tú no me conoces bien todavía.

JULIA. (Riendo.) ¿Ah, no? ¿Y cuanto tiempo hay que convivir con el «señor» para llegar a conocerlo? ¿No será que te conozco mucho ya y he aprendido a saber bien del lado que cojeas?

ROMERO. No te sugiero ese tema porque podría alegar lo mismo.

JULIA. Dilo entonces, chico. No tengas miedo. Hace días que noto que quieres decirlo. ¿No es verdad? Te lo veo en la cara desde la semana pasada. ¡Me conoces tanto que ya no me soportas! ¿No es eso? Ya la otra noche intentaste decírmelo, pero cuando ibas a medio camino parece que te arrepentiste. Hubieras seguido. (Comienza a llorar.) ¡Ni que me fuera a morir! ¿Te crees que no puedo estar sola sin ti? A mí también me tienes muy cansada. ¡Ya no te soporto!

La última palabra se alarga como en un prolongado eco. Julia prorrumpe en grandes sollozos. Se escuchan truenos de pronto, augurando una casi inminente tormenta. Se desata un fuerte aguacero. El escenario se oscurece completamente. Cuando vuelve a iluminarse, los protagonistas están acostados en la cama, se han acabado de despertar casi al mismo tiempo. La habitación debe haberse convertido en un cuartucho feo de cualquier posada.

JULIA. ¿Qué es esto? ¿Dónde estamos?

ROMERO. (Sobresaltado.) ¿Eh? No sé.

JULIA. ¿Qué pasó?

ROMERO. Recuerdo dos lugares. Uno muy hermoso. El otro horrible.

JULIA. ¿Estás seguro? Yo también recuerdo dos situaciones diferentes. Pero creo que una de las dos la soñé.

ROMERO. Tú siempre con lo mismo.

JULIA. No debimos haber venido. La noche y nosotros formamos todo en hermoso. Pero cuando llega esta luz, todo es demasiado feo.

ROMERO. ¿Qué querías? No había otro lugar.

JULIA. Hubiéramos esperado entonces.

ROMERO. ¿Te arrepientes?

JULIA. No es eso. ¡Pero me hubiera gustado tanto tener otro recuerdo de nuestra primera vez!

ROMERO. Inventa un ambiente distinto en tu imaginación. ¿Tú no lo puedes hacer?

JULIA. Vamos a salir de aquí cuanto antes. Si se me logra borrar la imagen de estas paredes tal vez podría construir un recuerdo mejor.

ROMERO. Vamos.

Abre la puerta de la habitación, salen al otro extremo, se oscurece el cuarto y se ilumina intensamente el espacio en que entran los dos personajes, que ya es un sitio normal y corriente.

JULIA. A veces me da miedo sentirte tan imprescindible.

Temo aburrirte, agobiarte.

ROMERO. Me gusta estar siempre contigo.

JULIA. Pero es peligroso.

ROMERO. ¿Por qué?

JULIA. No sé bien. Lo he oído decir. Puede crear cierto hastío cuando no tengamos nada nuevo que decirnos.

ROMERO. Habrá que inventarlo.

JULIA. ¿Y podremos?

ROMERO. Claro.

JULIA. Pero es malo estar tan encerrados en nosotros mismos.

La gente comienza a imaginarse otras cosas.

ROMERO. Allá la gente que se toma esos trabajos.

JULIA. Pero tenemos amigos.

ROMERO. ¿Amigos? Ah, sí, ¿y qué?

JULIA. Ya no es como antes. Hace siglos que no hablo con Cristina.

ROMERO. Ella tampoco ha hecho por hablar contigo.

JULIA. ¿En qué tiempo? Siempre andamos en lo nuestro, ensimismados, o si no, muy de prisa.

ROMERO. Bueno, ya habrá tiempo.

JULIA. Ojalá no sea demasiado tarde.

ROMERO. Nosotros seremos los mismos. Allá ellos si han cambiado.

JULIA. No somos distintos a nadie. Todos cambiaremos un poco, en algo, al menos.

ROMERO. Sí, por ejemplo, toda esta conversación ha durado demasiado. Nosotros vamos a cambiar de tema y de lugar.

Salen del escenario.

ESCENA VI

La acción en un aula de clases. Hay mesas y sillas. Andrés conversa con Lino, y Cristina lo hace con Marylín. De pronto Andrés se levanta, visiblemente enojado.

ANDRÉS. Compañeros, todo parece indicar que el responsable máximo de esta reunión no va a llegar, y por lo tanto no va a quedar otro remedio que aplazarla hasta nuevo aviso.

CRISTINA. ¡Qué clase de suerte estoy teniendo yo con los embarques en estos días!

LINO. Aquí todo el mundo dejó muchas cosas pendientes con tal de estar presente en esta reunión.

CRISTINA. Esto es una falta de respeto. (A Andrés.) Y tú, que también tienes que ver un poco, ¿no sabes si dejó algún recado, mandó a decir que tenía algún problema...?

ANDRÉS. Bueno..., esto..., él no me dijo nada..., pero a lo mejor, ustedes saben..., con este mal tiempo, y por esa zona donde vive Romero...

CRISTINA. Esas son suposiciones.

MARYLÍN. Un momento.

LINO. ¿Qué pasa?

MARYLÍN. Siéntense todos.

CRISTINA. ¡No me digas que tú vas a dar la reunión!

MARYLÍN. He dicho que se sienten.

ANDRÉS. Miren para eso, la que menos habla queriendo imponer órdenes a esta hora.

MARYLÍN. Vamos a analizar algo inmediatamente. Nosotros cuatro nada más, aunque el resto de los que debían haber estado aquí se hayan ido y el responsable de la actividad no haya hecho acto de presencia.

LINO. ¿Tú estás loca?

CRISTINA. ¿De qué vamos a hablar, mijita?

MARYLÍN. Eso es lo que sobra, cosas que decir.

ANDRÉS. Yo no entiendo nada, pero vamos a ver, dejémosla que se desarrolle. Te estamos oyendo, ¡arriba!

MARYLÍN. Todavía no están sentados.

CRISTINA. ¿Y es requisito indispensable?

MARYLÍN. Sí, esta es una reunión tan seria como la que se pretendía hacer. O quizás más.

ANDRÉS. Hum, ¡qué importancia! Está bien. Siéntense, muchachos.

Se sientan de manera que el público los observe de perfil, lateralmente.

MARYLÍN. Aquí hay unas cuantas cosas que aclarar. En primera, ¿cuántas veces ha estado por hacerse esta reunión, y ha tenido que suspenderse por falta de estudiantes? Y Romero cayéndonos atrás a todos nosotros, pidiéndonos que no dejáramos de asistir la próxima vez. Si no vino hoy, algo muy justificado debe haberle ocurrido, más bien debiéramos preocuparnos antes que atacarlo. Romero es una gente cumplidora, responsable. Así que por favor, les pido que razonen y no se ofusquen, porque estoy casi convencida de que algo malo debe haberle pasado. Ustedes saben que en otras oportunidades también he comentado acerca de alguna actitud de él que me ha desagradado, pero han sido problemas relacionados

con cosas personales, y no debemos mezclar esos asuntos con juicios acerca de su trabajo como dirigente.

ANDRÉS. Bueno, en cierto modo, es verdad, es posible que tengas un poco de razón, aunque a un verdadero dirigente debe exigírsele desde todos los puntos de vista. Por lo menos eso es lo que siempre he oído decir. Pero en fin...

MARYLÍN. No he terminado.

CRISTINA. ¿Hay más?

MARYLÍN. Sí, es hora de que empecemos a atajar algunas cuestiones, porque esta más bien debía convertirse en una reunión de los actores que trabajamos en esta puesta, antes de erigirse en una asamblea para hablar de cualquier otra cosa, aunque sea de lo que yo acabo de decir ahora. Caballeros, a mí comienza a preocuparme la situación, porque es que yo estaba loca por hacer una obra que fuera una verdadera historia de amor, bien etérea si era posible. ¿por qué no?, ¿acaso a todo el mundo no le hubiera gustado vivir un amor así? Además, en eso quedó el acuerdo al que llegamos con el director, el de soslayar todo elemento que tuviera que ver con reuniones, asambleas, fraudes académicos, corrupción administrativa o desviación de recursos. Íbamos a hablar de los conflictos más íntimos de estos personajes, de sus complejidades psicológicas que hacen que asuman actitudes contradictorias en el amor, pero sin meternos en la cotidianidad de siempre, ya eso todo el mundo aquí está aburrido de hacerlo. Queríamos un drama o una comedia, no importaba el género; pero que se saliera de tanta temática social o socio-política, como quieran llamarla, y ahondara en otros caminos más profundos, más introspectivos dentro de la psicología de los personajes, intentar desentrañar los misterios milenarios del amor, sus galerías más recónditas, su seducción, su infinitud, ¡y teníamos dos personajes tan hermosos para ello! ¡Se pintaban solos!, hasta los nombres parecían destinados a representar una historia de amor inolvidable. Pero empezamos a caer en lo mismo. Y ahora seguimos con una asamblea de la

FEU, la Juventud o qué sé yo qué. ¿A dónde vamos a parar? Yo no quiero seguir haciendo ese tipo de teatro.

ANDRÉS. Bueno, entonces métete en un proyecto del más allá, existencial, barbiano o folclórico de las Antillas, porque lo que es en este grupo tan anquilosado, no te vas a librar de la condena. Acostúmbrate, muchacha, digo, debieras estarlo ya, ¡son tantos años! Yo estoy más que adaptado. *(A los otros.)* ¿Y ustedes?

CRISTINA. Por lo menos vamos tirando.

LINO. *(Acercándose a Marylin y echándole un brazo arriba como para consolarla.)* Vaya, ¡si era eso lo que te afligía!, no te pongas así; además, el problema no se resuelve entre nosotros cuatro. Hay que ir a pedir una reunión con los jefes: director, asistentes, dramaturgo y el grupo entero, ¿qué te parece? Y allí tampoco vas a resolver nada, porque ellos, o no van a entender, o no quieren entender lo que tú les dices. Están acomodados. No seas boba, aquí la gente lo que hace es montarse en el carro. Hazlo tú también, que si te cierran la puerta antes de tiempo, te quedas afuera, o si no, peor, estrujada entre una mierda de metal de esas y ni de un lado ni del otro. *(Cristina y Andrés se van comentando lo sucedido y salen.)* Vamos a seguir tras ellos, que esto no nos conviene por ahora. Estamos nada más que en Primer Tiempo. ¿Quién sabe?, a lo mejor después..., además, perdóname, tú tienes un poco de razón, y es verdad, a mí también me hubiera gustado hacer la obra del mismo modo que la acabas de describir, ¿pero no te das cuenta? Si lo hacemos así, vamos al otro extremo. Lo que hay que evitar es que una serie de sucesos cotidianos se conviertan en un panfleto sin sentido, porque entonces el espectáculo no sirve. Hay que correr el riesgo de ponerlo, no sé si lo estamos resolviendo con verdadera eficacia artística; tendrán que juzgar los especialistas y el público después. El asunto es que si representamos la historia del amor tal y como tú la anhelas, sin conflicto ninguno aparte del amoroso, esos personajes van a aparecer encartonados,

viviendo en un mundo de cristal, ¡que me perdone Tennessee Williams! Y esa obra sería lo más aburrido del mundo. El conflicto de Romero y Julia es con ellos mismos y con su pareja. Pero también con los que lo rodean; con nosotros, sus supuestos amigos; con los fantasmas que lo circundan, y en última instancia, con el mundo en que viven, donde respiran, luchan, se emocionan o se frustran. Donde aman es aquí, en esta ciudad que no puedes olvidar, que los pone en encrucijadas difíciles o los hace salir airosos de ellas. ¿Te das cuenta? Ven, yo quiero ver si lo logramos, vamos a intentarlo. No llores. Así sí no podemos.

Salen. Se oscurece.

ESCENA VII

Romero y Julia. La escena debe comenzar en un lugar cerca de los sitios más sucios de la ciudad.

JULIA. ¡Uff! ¡Qué mal huele! ¿Qué es lo que te pasa, eh? ¿Para qué hemos atravesado esta calle tan mugrienta?

ROMERO. Perdóname, no me percaté, iba pensando sin saber por dónde caminaba. ¿Por aquí no salimos cerca de la catedral?

JULIA. ¿Estás loco? Ni tú mismo sabes a dónde era el paseo que querías dar.

ROMERO. Párate.

JULIA. ¿Aquí? No. Vamos a otro lugar.

ROMERO. Me voy.

JULIA. ¿Qué cosa?

ROMERO. Cuando acabe la carrera, dos años bien lejos, para Oriente. No sabía cómo decírtelo. Lo supe por la Juventud, antes de que se anunciara oficialmente.

JULIA. ¡Ah! ¿Era eso?

ROMERO. ¿Quieres más?

JULIA. ¿Y fue así, de pronto?

ROMERO. Me habían adelantado algo desde hacía unos días, pero no quería decirte nada hasta que no fuera seguro.

JULIA. ¿Se supone que deba entristecerme la noticia?

ROMERO. ¿Y no es así?

JULIA. Sí, pero te aseguro que casi lo sabía.

ROMERO. ¿Alguien te dijo algo?

JULIA. Mi instinto. Era demasiado bueno para demorar tanto.

Por lo general las cosas buenas terminan enseguida, y las malas se extienden durante mucho tiempo.

ROMERO. Así mismo es.

JULIA. ¿Y no se puede hacer nada?

ROMERO. *(En tono de broma.)* Sí, regresar algún día, para buscarte.

JULIA. *(En el mismo tono.)* Y yo estaré, hasta entonces, como Penélope, tejiendo y destejiendo en espera de mi Ulises.

(Se rie.) ¡Dos años! ¡Es bastante tiempo! Seremos un poco más viejos y habremos cambiado en algo.

ROMERO. Te escribiré.

JULIA. Claro, pero no estarás aquí y será difícil. A ti nadie te juzgará. Yo seré juzgada por todos.

ROMERO. Tengo confianza en ti.

JULIA. ¿Para qué lo dices? ¿Para que te diga lo mismo?

ROMERO. ¿Qué tú crees?

JULIA. Que es por eso.

ROMERO. Entonces no me contestes.

JULIA. Mira, mejor vámonos de aquí, no es nada agradable este «aroma» para conversar.

ROMERO. Pensé que la noticia de nuestra separación debía tener un toque de romanticismo, como en las películas de amor. Por eso te lo dije así, de pronto. *(Se miran fijamente un instante.)*

JULIA. ¡Pero si vamos a seguir viéndonos dos meses más por lo menos! *(En otro tono.)* Aunque al final te tengas que ir.

Se abrazan y salen de escena bien entrelazados; entra una música de algún melodrama conocido, pero muy rápidamente vuelven a entrar los dos personajes por dos laterales distintos.

ROMERO. ¡Se derrumbó! ¡Completamente!

JULIA. ¿Qué?

ROMERO. Se cayó, se hizo escombros.

JULIA. ¿Lo del viaje a Oriente?

ROMERO. Eso también.

JULIA. ¿Cómo?

ROMERO. Cambiaron la onda. Ahora todos los graduados van a ser ubicados de acuerdo al lugar donde residen.

JULIA. ¿Entonces ya no te vas? *(Lo abraza.)* ¿No habrá motivos para separarnos?

ROMERO. *(Serio.)* Más rápido de lo que pensábamos, pero para Camagüey.

JULIA. No entiendo nada.

ROMERO. Nos mudamos para casa de mis tíos. Ya es una decisión.

JULIA. ¿Cómo no me lo habías dicho antes?

ROMERO. Cuando una casa se va a caer, te lo va anunciando poco a poco, pero no te enteras de verdad hasta que todo se viene abajo.

JULIA. ¡No puedo creerlo! ¡Qué barbaridad! ¿Y todos están bien?

ROMERO. Bueno, sí, de salud, bien.

JULIA. Esto sí que es inesperado. No sé qué decir.

ROMERO. Lo que nos ofrecieron fue un albergue común, y no aceptamos. ¡Si lo vieras! Es poco lo que te puedo contar. Por eso decidimos esperar a que terminen de construir los albergues individuales de nuevo tipo. Para entonces, regresaremos.

JULIA. ¡Si pudieras quedarte en mi casa! Pero imagínate, mis padres..., no es fácil convencerlos.

ROMERO. Sí, ya sé, tendría que haber boda, y eso tampoco puede ser hasta que termines la carrera. ¡Me lo has repetido millones de veces!

JULIA. ¿Y las cuestiones del trabajo?

ROMERO. Como voy a cambiar la dirección y soy recién egresado, supongo que deba crear plaza allá. Si no, a inventar.

JULIA. De veras lo siento.

ROMERO. Vamos, que nadie se murió. Un beso grande, que me voy. Y nada de grandes despedidas, ¿eh?, que nos veremos pronto.

Se besan. Se oscurece.

SEGUNDO TIEMPO

ESCENA I

Entra Cupido en bicicleta con dos cartas en la mano. Lleva un pequeño bolso colgado del hombro y suena un silbato.

CUPIDO. Cualquiera diría que yo me paso esta obra entrando y saliendo de escena. Pero tenía que traerles esto: son documentos únicos y pruebas irrefutables de lo que sucedió entre Romero y Julia. ¿Qué les parece? Apuesto a que quisieran leerlas. (*Hace ademán de acercarle alguna a alguien del público.*) Mejor lo hago yo, para que ustedes me escuchen. Presten atención. (*Se dispone a abrir los sobres y extrae las cartas, pero de pronto se detiene.*) ¿Saben? Cuando sucedió lo que ocurre en esta obra me limité a jugar mi papel tradicional. Era muy fácil conseguir que se enamoraran. Pero lo complicado surgió después, y pensé que no debía inmiscuirme. Me limité a divertirme, a jugar, a observar lo que pasaba. ¡Lástima que ya no pueda cambiar el curso de la historia!

VOZ. (*Off.*) Por favor, por orden expresa de la dirección de la obra, solicitamos de Cupido que salga inmediatamente de la sala. Está interrumpiendo el desarrollo normal de la acción. Si no lo hace, habrá que emplear medidas más drásticas con él.

Se repite dos veces.

CUPIDO. Todos están confabulados. Por eso nadie quiere saber de cartas y me prohíben hablar. Quédense con las cartas.

Las lanza al público. Apagón sorpresivo. Cupido balbucea todavía algunas palabras. Se lo llevan a la fuerza unos desconocidos en la oscuridad, con resistencia por parte del personaje.

ESCENA II

Al iluminarse están Romero y Julia en escena. Parecen más viejos. Él lee el periódico. Ella trata de sintonizar una estación determinada en la radio y tiene ante sí unas piezas de ropa y una tabla de planchar, donde realiza esta labor.

ROMERO. (*Levantándose y doblando el periódico.*) Tengo que salir.

JULIA. ¿Ahora?

ROMERO. Sí, un asunto del trabajo.

JULIA. ¿Y desde cuándo resuelves asuntos del trabajo en horarios nocturnos?

ROMERO. Desde hoy.

JULIA. ¡Ya no sabes qué inventar! Cuando no te apareces tardísimo, llegas temprano para poder salir por la noche. ¡Y siempre tienes algo que hacer!

ROMERO. Si hablaras un poco menos, tal vez lograrías mantenerme más tiempo en casa. ¡Pero con esa gritería el día entero!

JULIA. (*Estallando en sollozos.*) ¡Me tienes más cansada! Vete para donde te dé la gana.

ROMERO. No empieces otra vez. Vas a molestar a los vecinos.

Se va. Julia prorrumpe en sollozos aún más intensos, pero de pronto sale del personaje.

JULIA. ¡Qué bobería! Esta escena sí que no tiene sentido en ningún tiempo de esta obra. ¿Quieren hacer ver de todos modos, recalcar que nos vamos a aburrir y a pelear a la larga? Busquen otra escena mejor. Eso de que la mujer se quede en la casa llorando cuando el hombre se va..., eso ya no tiene vigencia. Y esto no es un recurso del escritor, es que ya yo no podía más. Sí, sí, esto lo ha hecho Pirandello, Estorino, ¡mala suerte!, aquí también se hace, no porque se lo haya propuesto el director o el dramaturgo, sino porque ya no aguantaba más con esa escena tan gastada. Pero no se preocupen, eso de que los actores o actrices salgamos del personaje, creo que nada más ocurre en esta escena. Si se siguiera repitiendo sería agobiante, ¡porque también se ha hecho tanto! ¿Ustedes no vieron *Ni un sí ni un no*? Pero no, mi personaje sí tiene nombre propio, y estamos diez o quince años después de haberse escrito esa comedia. Aunque... lo que más desearía es volver atrás, créanme, un poquito nada más. Porque lo que prefiero de esta historia es la parte en que estoy enamorada de Romero. ¡Y hace tanto que no lo veo!

En los últimos parlamentos de Julia los utileros han comenzado a retirar de escena los elementos específicos que servían para ambientar la parte de la discusión: la tabla de planchar, las mudas de ropa

y algún otro objeto que hubieran colocado para situar la acción en tiempo futuro. Cuando Julia ha dicho la última palabra tocan a la puerta de repente.

JULIA. Debe ser él. (*Abre.*) ¡Mi amor! (*Se funden en un abrazo.*)

ROMERO. Me parecieron dos siglos en vez de dos meses.

JULIA. A mí también, mi cielo; me parece mentira que estés aquí.

ROMERO. No será por mucho tiempo.

JULIA. Igual que siempre.

ROMERO. ¿Qué le vamos a hacer? Ninguno de los dos tiene la culpa.

JULIA. Deberías escribir más por lo menos.

ROMERO. Te he escrito.

JULIA. Entonces no sé, tal vez sea yo que no me canso de leerte. Quisiera recibir una carta todos los días.

ROMERO. No habría mucho que contar.

JULIA. No importa, me repetirías lo mismo; y si no, inventarías cosas nuevas.

ROMERO. Tú siempre con los inventos.

JULIA. Claro, y tú, sin dejar de volver a decirlo.

ROMERO. La última que recibí fue la que mandaste con Andrés.

JULIA. Ah, sí, y yo, la que mandaste con él mismo, al regreso.

ROMERO. Te he extrañado.

JULIA. He pensado mucho en ti. Tanto, que comprendo lo difícil que resulta seguir así.

ROMERO. ¿Cómo?

JULIA. Viéndonos sólo cuando tú puedes venir, cuando yo puedo ir. ¿Habrá que permanecer así, indefinidamente?

ROMERO. Yo también he estado pensando. El tiempo se nos escapa y tal vez nos arrebatara los mejores momentos de los dos.

JULIA. ¿Y quién sabe si junto con el tiempo no se nos escapa a alguien más de vez en cuando?

ROMERO. ¿Qué quieres decir?

JULIA. Con estos encuentros tan distantes el uno del otro, queda espacio para mucho más.

ROMERO. Ah, ya sé por dónde vienes. Pero yo soy un muchacho tranquilo, ¡vivo para mi novia!

JULIA. Sí, ya lo creo. ¡Todo un modelo!

ROMERO. Estoy diciendo la verdad. ¿Por qué rompes el encanto con esas preguntas fuera de situación? ¿No será que... temes porque, a la vez, tienes algo que ocultar? Con tanto tiempo por delante..., ¿quién sabe...?

JULIA. Estás hablando boberías.

ROMERO. ¿Cómo?, ¿pero te sonrojas y todo? ¡Ya me lo habían dicho!

JULIA. ¿Qué estupideces serán las que te dijeron?

ROMERO. Ah, tal vez algunas parecidas a las que te dijeron a tí.

JULIA. Ya basta, son juegos pesados.

ROMERO. Está bien. Es muy pronto para enfurecernos. Pero tú fuiste la que empezaste. Hagamos entonces desaparecer la duda. (*Efectúa movimientos como si estuviera realizando un acto de magia.*) Abra-cadabra, ¡zas!, ya se fue. Es mejor así, en todo caso, podríamos parecernos a Romeo y Julieta, pero no estamos haciendo *Hamlet*.

JULIA. (*Riendo con malicia, se lleva los dedos índices a ambos lados de la cabeza.*) Ser o no ser, esa es la cuestión.

ROMERO. ¿Ves como tengo razón? Después te pones brava.

JULIA. Es mejor olvidarlo, ojos que no ven...

ROMERO. Tampoco así.

JULIA. Ni tú ni yo tenemos la certeza de que no ocurrió nada durante este tiempo, aunque confiemos cada uno en el otro. Vivamos para disfrutar cada encuentro, sentirlo, tenerlo.

ROMERO. Queremos y espantar los malos pensamientos. ¿Eso no te hace evocar un poco el espíritu de algún texto del teatro griego?

JULIA. ¿Y desde cuándo Romero sabe de teatro griego?

ROMERO. Romero no, pero estoy hablando yo, como actor, ¿no te das cuenta? A veces me parece que al dramaturgo se le fue la mano en algunas cosas.

JULIA. Cambia los textos y di lo mismo de otra manera, acorde a los tiempos actuales.

ROMERO. ¿Estás loca?

JULIA. De todas formas ya debemos estar complicados por habernos salido de los personajes. ¡Y yo que dije hace un ratico que no había por qué preocuparse, que eso sólo ocurría en aquel momento!

ROMERO. ¿Y ahora qué viene? ¿No te acuerdas?

JULIA. No sé, pero a nosotros no nos queda más nada que decir en este momento.

ROMERO. Tú sí sabes, lo que no te gusta es hacer esa escena retrospectiva en que te toca pintarle fiesta al amigo de Cristina. ¡Después que los espectadores se han llevado la idea de que eres una muchacha decente! ¡Imagínate tú! Pero arriba, con dolor de mi alma, pero esa escena hay que hacerla, aunque no tenga muy buena concate-nación con la escena anterior; hay que representarla, porque si no, no se entenderían completamente muchas de las cosas que van a ocurrir después. Además, ya es hora de que te despojes de tu disfraz de muchacha pura e inocente.

JULIA. Déjate de cogerla conmigo que bastante que tú acabas-te. No eres ningún santo.

ROMERO. Pero es distinto.

JULIA. Ya, ya, lo mismo. No vamos a llevar al conflicto de la obra diferencias que tenemos en el plano personal. Yo hago mi escena, tú haces la tuya y sanseacabó.

ROMERO. Tal vez la mía dentro de la tuya. Una sola escena, así salimos pronto de eso y acabamos la función más temprano, que hoy sí tengo un cuadro.

JULIA. ¿Y lo dices así, tan descaradamente ¿Y tu mujer?

ROMERO. Cuando estoy haciendo un personaje, me meto demasiado dentro de él, después, no puedo desprender-me de su personalidad.

JULIA. ¡Qué contradictorio eres!

ROMERO. Como Romero.

JULIA. Acaba de salir de una vez a ver si continuamos la historia.

ROMERO. No por mucho tiempo. *(Sale.)*

ESCENA III

Julia y un muchacho interpretado por el actor que encarna a Andrés, a la entrada de un cine.

MUCHACHO. ¿Así que tú eres Julia? Al fin te conozco. Si vieras como Cristina me ha hablado de ti.

JULIA. Me imagino.

MUCHACHO. Es una suerte que me haya dado tus señas, porque ya ves, estamos nosotros, y ella todavía sin aparecer. Si no hubiera sido así, estaríamos los dos de lo más aburridos.

JULIA. Ojalá sólo te haya dado los datos externos. A veces habla más de lo que debe.

MUCHACHO. Tal vez lo único que le faltó decir fue que eres muy bonita.

JULIA. Bueno, si piensas así, gracias por no dejarlo fuera de tu descripción particular.

MUCHACHO. Uno siempre lo piensa al ver a una muchacha; lo es, o no lo es, o quizás no lo sea mucho, pero uno la encuentra bella. Aunque ese no es el caso.

JULIA. *(Riendo.)* Vamos, al final se te fue.

MUCHACHO. No seas modesta, sabes que lo eres. Lo raro es que te lo diga, a las muchachas así casi nunca se lo digo. Me parece que eso las hace muy engreídas.

JULIA. ¿Y el amigo que vendría contigo?

MUCHACHO. Hasta ahora, parece que ha hecho como Cristina.

JULIA. Lo de ella me parece extraño, me afirmó con toda seguridad que estaría aquí.

MUCHACHO. Mi amigo también. Pero llevamos rato esperándolos.

JULIA. *(Mirando su reloj.)* Están pasados quince minutos.

MUCHACHO. Vamos a esperar quince más, si no llegan, tendremos que entrar nosotros solos. ¿Por qué no nos sentamos allá? Desde allí los vemos.

Van al fondo del escenario y se sientan en cualquier lugar; puede ser un banco, un muro, un quicio, donde permanecerán conversando en voz baja entre ellos, sin que el público los oiga. Entran Romero y muchacha interpretada por la actriz que encarna el personaje de Cristina. El muchacho hace ademán de levantarse al fondo para llamarla; Julia lo detiene. El muchacho hace gestos demostrando que la reconoce, Julia lo hace desistir, lo convence —aunque no sepamos lo que le dice— de que es sólo un parecido inusual con Cristina.

MUCHACHA. ¿No crees que no debiéramos habernos separado de los demás?

ROMERO. ¿Por qué? ¿No te sientes bien conmigo?

MUCHACHA. No es eso, pero es que me da pena. Si salimos en un grupo, no me gusta que cada cual coja después por su lado.

ROMERO. Pero es natural. Cada uno siente la necesidad de conversar determinadas cosas con alguien en particular, que lo más seguro es que no interesa a los demás.

MUCHACHA. Puede que tengas razón.

ROMERO. Yo, por ejemplo, deseaba estar contigo a solas.

MUCHACHA. *(Riendo.)* ¿Por qué? ¿Me vas a hacer alguna confesión?

ROMERO. No hace falta. Tú sabes lo que yo debo decirte. Te das cuenta, lo notas, lo sientes.

MUCHACHA. Sí, pero tendrías que preguntarme a mí si me sucede igual.

ROMERO. No tengo necesidad. Me doy cuenta, lo noto, lo siento.

MUCHACHA. Caramba, cualquiera diría que eres un poquito autosuficiente.

ROMERO. En todo caso perspicaz.

MUCHACHA. Está bien. Supongamos que tienes razón, pero de ahí a que sucedan otras cosas...

ROMERO. Va un trecho que nosotros debemos vencer, y rápido.

Intenta darle un beso, ella se resiste inicialmente pero luego se entrega.

MUCHACHA. Besas muy bien.

ROMERO. No es tan complicado. A veces nos empeñamos por gusto en hacer las cosas difíciles.

MUCHACHA. No pensé que eras tan atrevido. Engañas a cualquiera.

ROMERO. Preferiría caminar un poco más adelante, por aquí transita demasiada gente, ¿no crees?

MUCHACHA. Bueno.

Caminan un poco hasta salir del escenario; y se reanuda la conversación entre Julia y el Muchacho.

MUCHACHO. Bueno, pues no llegan. *(Consultando el reloj.)*

Si seguimos esperando, perderemos la última tanda.

JULIA. Sí, ¡qué embarcadores!

MUCHACHO. Es posible que sea mejor así.

JULIA. A veces sería recomendable que no exteriorizaras lo que piensas.

MUCHACHO. Es que..., ¿sabes?, según mis conocimientos en la materia he llegado a la conclusión de que debo ser una persona extrovertida. Por ejemplo, si te tomara del brazo fuera fantástico. Es un riesgo andar con una muchacha tan hermosa. Si los demás no se dan cuenta de que va contigo, cualquier gracioso puede meterse con ella, y uno, sin poder ripostarle como se merece.

JULIA. ¿Lo dices por otras experiencias?

MUCHACHO. No. Elemental sentido común. *(La toma de la mano.)*

JULIA. *(Aceptando.)* Vamos.

Salen.

ESCENA IV

Entran Cupido y Venus. La acción ocurre en un sitio cualquiera un tanto alejado del centro de la ciudad.

CUPIDO. Y bien..., explíqueme qué quiere.

VENUS. ¿No eres capaz de imaginario?

CUPIDO. Podría ser. Pero es que también pensé verla muy rápidamente, desde que comenzó esta historia, y ya ve, fue sólo eso, ¡mera imaginación!

VENUS. ¿Me juzgas?

CUPIDO. Reflexiono simplemente. Lo más lógico hubiera sido que se hubiera preocupado desde el inicio por el asunto.

VENUS. Entonces sabes con seguridad lo que me trae hasta aquí.

CUPIDO. ¿Qué otra cosa llevaría a Venus a lanzarse con tal premura en busca de este humilde servidor?

VENUS. El problema necesita prisa.

CUPIDO. Lo que no comprendo es qué busca en mí. Siempre ha poseído todas las facultades y poderes para llevar adelante sus propósitos sin ayuda de nadie. En todo caso, he jugado algún papel menor al inicio de cualquier romance.

VENUS. Te subestimas.

CUPIDO. Digo la verdad.

VENUS. Sólo parte de ella.

CUPIDO. La que resta, me resultaría demasiado embarazosa decirla. Y usted la sabe.

VENUS. Si la conoces, y estás consciente de ella, tienes que saber para qué me hace falta; a pesar de toda mi supuesta fuerza, cada vez pierdo más batallas.

CUPIDO. ¿Batallas?

VENUS. Hablaba en términos militares, para que comprendieras.

CUPIDO. No veo relación entre una cosa y otra.

VENUS. Pensé que entenderías mejor.

CUPIDO. Prefiero que no utilice esos ejemplos porque me confunde.

VENUS. De cualquier modo creo que es imprescindible nuestra unión. Sólo tú conoces profundamente esta circunferencia gigante, este planeta redondo. En eso, me llevas un trecho. Mi sabiduría divina y tu pícara inteligencia sí que podrían proporcionarnos mayúsculos dividendos en el arte del amor. Y este caso es particular, no se puede perder.

CUPIDO. Me asustas. Es como si fuera un litigio, un pleito judicial, y nosotros, los abogados por uno de los bandos en pelea.

VENUS. No estás muy lejos de lo cierto.

CUPIDO. Pero un abogado de este tipo requiere ser alguien muy serio, solemne y gran orador.

VENUS. Tú serás el reverso de la moneda. Y yo, alguien semejante a esa descripción que haces.

CUPIDO. No estoy convencido. Pero probaré. No quiero tener deudas con mi conciencia, ¡haber rechazado una propuesta de Venus!

VENUS. Desde hoy seremos aliados permanentes, verdaderos. No es saludable que cada cual siga andando por su lado.

CUPIDO. Está bien. Pacto hecho.

VENUS. Me alegro. No te arrepentirás.

CUPIDO. ¿Podemos irnos ya?

VENUS. No hay nada más que decir. Sólo trabajo por hacer.

Salen.

ESCENA V

Don Juan y Cristina. Los parlamentos se dirán un poco rápido, como si fuera algo ya sabido todo lo que se dice. A veces, hasta mecánicamente. Se utiliza todo el espacio porque la acción transcurre en una calle amplia.

DON JUAN. Yo soy el Don Juan, ¿no te has dado cuenta? (*Se le atraviesa.*)

CRISTINA. Y yo Cristina, ¿y qué?

DON JUAN. ¿Qué debe hacer Don Juan inmediatamente cuando ve a una muchacha como Cristina?

CRISTINA. Yo qué sé. Y mejor déjeme tranquila, por favor.

DON JUAN. ¿No has leído a Tirso de Molina?

CRISTINA. No.

DON JUAN. ¿Y a Moliere?

CRISTINA. Algo.

DON JUAN. ¿Puschkin?

CRISTINA. ¿Pero usted se dedica a parar a la gente para hacerles encuestas culturales o qué?

DON JUAN. ¿Zorrilla?

CRISTINA. No, no, a ese tampoco.

DON JUAN. Bueno, pues no me importa. Soy el Don Juan y basta. Se supone que deba probarme con una buena conquista rápida y convincente, y que todo el mundo me conozca. (*La agarra del brazo y pretende darle un beso.*)

CRISTINA. ¡Fresco! ¿Qué cosa es eso? (*Le da un golpe.*)

DON JUAN. Pensé que con invocar mi nombre y mi fama podía resolverse la situación.

CRISTINA. ¿Qué nombre ni qué ocho cuartos? Eso de que usted diga: Yo soy Don Juan, y por eso haya que soportar que le vengán para arriba a una, no le veo sentido. ¡Si se explicara mejor!

DON JUAN. Mire, la única explicación posible en este caso es que yo soy Don Juan, Don Juan Tenorio, ¿se da cuenta?, el famoso personaje. De mí han hablado y maldecido

generaciones enteras de mujeres y maridos engañados. Y aquí estoy, tratando de sobrevivir en medio de un romance un tanto inusual entre unos muchachos de esta ciudad. Ahora bien, si en todo este asunto yo tengo que pasármela detrás de esos muchachos, y detrás de Romero especialmente, para que haga las cosas como deben ser..., entonces ya no me meto más en ese problema. Fíjese que ya ni tengo tiempo para invertir las horas en lo que realmente me divierte, ¿se fijó usted? ¡Parece mentira que haya perdido, a fuerza de no ejercerla, la más mínima facilidad para cortejar a las mujeres!

CRISTINA. Menos mal que lo reconoce.

DON JUAN. Realmente me avergüenza un poco. Perdóneme por el impulso anterior.

CRISTINA. No se preocupe. Ya voy entendiendo. Comprendo que deba hacer cosas como esta, y si es posible, no sólo una vez. Pero por otra parte, hay que tener imaginación. Hay muchos modos de lograr eso que usted quiere. Pero no sea tan directo. Podemos improvisar una buena situación para que se propicie todo el asunto, ¿no cree?

DON JUAN. ¿Como cuál?

CRISTINA. ¡Coño!, ¿pero usted no es el Don Juan? ¡Creatividad, mi amigo!

DON JUAN. Pero entiéndame usted a mí. ¡He perdido tantas facultades! Si no forzara las cosas como traté de hacer, jamás lograré conquistarla.

CRISTINA. Insinúas que no me va a quedar más remedio que aceptar.

DON JUAN. La otra variante sería, sin que me agrade mucho, la que sugeriste: despedirnos aquí y propiciar una situación favorable más adelante.

CRISTINA. ¡Ay, no, no! ¿Para qué? De cierto modo creo que tienes un poco de razón. ¡Total!, a veces se dan muchísimos rodeos, se improvisan motivos y palabras seductoras, se arma todo un avance y retroceso al mismo tiempo, para que, en definitiva, todo el mundo sepa que el hombre

y la mujer que están conversando, terminan yéndose a la cama.

DON JUAN. (*Brindándole el brazo.*) ¿Me acompañas entonces?

CRISTINA. Terminaste por decidirme. Pero para la próxima, vamos a buscar aunque sea un buen pretexto para ponernos a hablar.

Se van. Entran la Prostituta y Andrés. La acción en el mismo lugar.

LA PROSTITUTA. Yo soy.... ¿quién cree usted que pueda ser yo?

ANDRÉS. No sé, pero yo soy Andrés, y prefiero ser el que toma la iniciativa al presentársele a una mujer; mucho gusto.

LA PROSTITUTA. ¡Ah, qué gracioso! Tienes chispa, pero creo que eso es machismo. Y además, si traté de dirigirme a ti fue por algo muy específico.

ANDRÉS. ¡No me digas!

LA PROSTITUTA. Necesito un acompañante. Una pareja.

ANDRÉS. ¡Y resulta que yo soy el elegido! (*Aparte.*) Esto es más directo de lo que yo pensaba.

LA PROSTITUTA. ¿Nunca has sentido mucho apetito?

ANDRÉS. Depende, porque no sé a qué clase de apetito quieres referirte.

LA PROSTITUTA. Apetito, hambre, debilidad. Ese es todo el problema. Me decidí a entrar a ese lugar de allá enfrente, ya sabes, venden bocaditos y algunos tragos. Pero el acceso es por parejas. Pensé que... podrías hacerme el favor, si estás apurado o no te interesa quedarte... puedes irte rápidamente. El asunto es poder entrar.

ANDRÉS. Ya entiendo, pero... ¿y no hay mucha gente esperando afuera?

LA PROSTITUTA. No, acabo de pasar y sólo había cuatro personas.

ANDRÉS. ¡Qué extraño! Está bien, si es así... acepto. De todas formas no tenía ningún plan determinado para ahora, más

bien me conviene refrescar un poco. Hasta tal vez me embulle y te acompañe... por toda la noche.

LA PROSTITUTA. ¡Oh!, sería mejor, ¿sabes que no me gusta estar sola?

ANDRÉS. ¿Y cómo te llamas?

LA PROSTITUTA. ¿Yo? Pues... Julia, Julia.

ANDRÉS. ¿Julia? ¡Qué casualidad! Tengo una amiga que se llama así.

LA PROSTITUTA. ¿No será la misma que pienso?

ANDRÉS. ¿Cuál?

LA PROSTITUTA. Una que es novia de un muchacho que le dicen... ¡Ay! ¿Cómo es?, siempre me cuesta trabajo recordarlo. ¡Romero!, eso es, ¡Romero!

ANDRÉS. ¡La misma! ¿Y de dónde la conoces?

LA PROSTITUTA. ¡Ah!, es un poco complicado, ¿sabes? Mejor te lo cuento cuando estemos sentados a la mesa, ¿de acuerdo?

ANDRÉS. De acuerdo.

Salen del escenario.

ESCENA VI

Romero y Lino entran cantando una serenata a Julia. Lino toca la guitarra; la voz de Romero sobresale.

*Aunque quiera olvidarte
ha de ser imposible
porque eternos recuerdos
tendré siempre de ti.
Tus caricias serán
el fantasma terrible
de lo mucho que sufro
de lo mucho que sufro
alejado de ti.*

LINO. ¡Arriba la novia! ¡Arriba el novio!

ROMERO. Un momento, un momento. ¿Qué cosa es eso? Aquí no hay ninguna boda.

LINO. ¿Cómo que no hay ninguna boda si ya tú me lo confirmaste todo?

ROMERO. Sí, sí, lo de la decisión a la que habíamos llegado Julia y yo. Pero lo de la fiesta es más adelante. Esto sólo es una serenata.

LINO. Compadre, ¿pero vas a estar haciendo esperar a la gente durante tanto tiempo para ver consumada la felicidad entre ustedes dos? Este es el momento que todo el mundo está deseando, y todavía te empeñas en demorarlo más y más. No, chico, no. Esto se rompió ya. ¡Si la sala está repleta de invitados!

Se escucha músicaailable de cualquier agrupación sonera muy conocida. Entran Julia y Marilyn. Romero y Lino echan a un lado la guitarra y toman a cada una de ellas respectivamente para comenzar a bailar. Se intercambian las parejas al ritmo de la música, como en una rueda de casino. Luego entran Don Juan y Cristina, y la Prostituta y Andrés incorporándose al baile. También el Diablo, convertido en el fotógrafo de la boda, y la Muerte, tras la apariencia de una vieja solterona, que pueden sentarse y charlar juntos durante un rato. Aparece Cupido, devenido gastronómico contratado para la fiesta. Se mueve repartiendo tragos y comestibles, ayudado de pronto por Venus, que llega presentada bajo la cobertura de ser una tía de la familia, deslumbrante por su belleza y elegancia. En algún momento Cupido y Venus pueden bailar y ofrecerles a los espectadores que están en las primeras filas. La música, luego, va descendiendo de volumen un poco.

ANDRÉS. Bueno, caballeros, ¿y qué se les va a regalar a los novios?

MARYLÍN. Eso se usaba antes, cuando se casaron nuestros padres, en las despedidas de soltero. Pero esto ha sido casual, espontáneo. Nadie había pensado en traer ningún regalo.

LINO. Pero las fotos sí se siguen usando, ¿verdad?

MARYLÍN. Claro, para todo el que quiera tirárselas.

LINO. Entonces yo tengo una idea. Vamos a hacer un regalo simbólico que quede para la posteridad.

ANDRÉS. Explicáte, inteligente.

LINO. Cada uno le regala espontáneamente algún objeto suyo a los esposos, les tiramos la foto y ya. Yo empiezo con mi guitarra. *(Le da la guitarra a Romero.)*

ANDRÉS. Sí, puede ser.

MARYLÍN. Yo les doy mis gafas. *(Se las da a Julia.)*

ANDRÉS. ¿Te servirá mi reloj? *(Se lo alcanza a Romero.)*

CRISTINA. ¿Y mi cadena? *(Se la quita y comienza a ponérsela a Julia por arriba del vestido.)*

LINO. Todos los invitados, si lo desean, pueden prestarle algo a la pareja. Es sólo para la foto.

Cada uno de los personajes arquetipos se irán despojando de algunas de sus prendas que más lo caracterizan y se las entregan a Romero y Julia. Pueden ser desde accesorios, adornos o complementos del vestuario, hasta chaquetas, camisas, blusas, etc.

ANDRÉS. *(Al público.)* ¿Alguien quiere entregarles algo más? *(Los enamorados salen entre risas a ponerse los elementos del vestuario. Apagón repentino.)* ¡Eh!, ¿se fue la corriente?

CRISTINA. Tenía que ser ahora, precisamente en el mejor momento.

ROMERO No importa, podemos transformarnos a oscuras. Hasta casi que es mejor. Cuando vuelva la luz, seremos otros.

MARYLÍN. Desconecta los equipos.

ROMERO. No, déjalos, no debe ser un apagón muy largo.

LINO. Préstame la guitarra, para hacer algo en lo que vuelve. *(Comienza a cantar con Andrés.)*

Aunque quiera olvidarte...

CRISTINA. Eso lo cantaron ya. Busquen otra cosa.

ANDRÉS. No importa, sigue.

LINO. *Ha de ser imposible
porque eternos recuerdos
tendré siempre de ti.
Tus caricias serán
el fantasma terrible
de lo mucho que sufro
de lo mucho que sufro
alejado de ti.*

Se puede repetir la canción o tocarla sólo en la guitarra después, sin cantar. O invitar al público a hacerlo, como si fueran parte de los invitados de la fiesta, para dar tiempo a que la pareja se cambie. Después se iluminará de nuevo el escenario.

MARYLÍN. Volvió la luz.

CRISTINA. Menos mal, para no tener que seguir soportándolos.

LINO. Vamos, que no puedes ocultar que te gusta la trova.

CRISTINA. Sí, pero ustedes cuando la cogen con una canción...

Entra la pareja. Son una mezcla sin sentido de cada uno de los personajes de la obra. No se parecen a ellos mismos. Combinación arbitraria y ecléctica de prendas, objetos, vestuario. El Diablo los enfoca. Se

escucha el «click» de la foto. Después se pone el resto de los personajes. Todos sonríen en poses distintas. Apagón.

TERCER TIEMPO

ESCENA I

Comienza a escucharse música íntima, puede ser un instrumental muy quedo. Romero sale del escenario y vuelve a entrar con dos vasos y una botella de ron. Luego un poco de hielo. Sirve los tragos. Le alcanza el suyo a Julia, después se dan a beber cada uno del vaso del otro, como suele hacerse en las poses de fotos de bodas. Romero invita a Julia a bailar. Pueden hablar bajito, entre ellos, como dos recién enamorados, sin que el público pueda escuchar lo que se dice. Comienzan a besarse. Se separan de pronto.

JULIA. No sigas.

ROMERO. ¿Por qué?

JULIA. Porque no.

ROMERO. ¡Ah! ¿Pero qué te pasa?

JULIA. Vamos a seguir bailando.

ROMERO. Estamos haciéndolo.

JULIA. Sí, pero te conozco, si sigues por ese camino, el baile no va a durar mucho rato.

ROMERO. Mal pensada que eres.

JULIA. Vamos a disfrutar este momento, nosotros dos solos, con esta música, sin nadie que llame a la puerta, ¡una noche casi perfecta! ¿No crees?

ROMERO. (*Cambiando de actitud.*) Una noche como la de hoy, 25 de junio, pero hace dos años...

JULIA. Hubo una boda.

ROMERO. ¿Quiénes se casaron?

JULIA. Un muchacho llamado Romero y una muchacha llamada Julia.

ROMERO. ¿Estaban enamorados?

JULIA. Mucho.

ROMERO. ¿Tanto él como ella?

JULIA. Sí.

ROMERO. Sí.

JULIA. Fue una fiesta sencilla. No hubo demasiados invitados, pero como por arte de magia aparecieron todos los elementos indispensables de un buen festejón.

ROMERO. Hubo música...

JULIA. Grabada y en vivo.

ROMERO. Cake, bebida, baile, fotos...

JULIA. Y luna de miel.

ROMERO. Fueron muy felices.

JULIA. Y tuvieron muchos, muchísimos hijos, tantos, que el mayor parecía el papá del más pequeño.

ROMERO. Todo era maravilloso para la extraordinaria pareja.

JULIA. Pero un día...

ROMERO. (*Comienza a reír.*) ¿Qué tontería es esta?

JULIA. Un cuento inventado por nosotros.

ROMERO. ¿Estás segura de que fue inventado por nosotros? Todos los cuentos infantiles que conozco son así.

JULIA. No es un cuento, es más bien el final feliz de un cuento. Eso de que «pero un día...» debe ocurrir a mitad del cuento, como un obstáculo, un escollo que deben sortear los protagonistas para lograr su felicidad, que finalmente logran vencer, y el cuento entonces debe terminar por donde había empezado.

ROMERO. ¿Sabes que tienes razón?

JULIA. Claro.

ROMERO. Pero sucede que en ese tipo de historias casi siempre los héroes sólo deben enfrentarse a un gran enemigo u obstáculo que se les interpone; cuando en realidad, las cosas suelen ser mucho más complicadas, y las barreras que hay que superar se entremezclan, se confunden unas con otras, para hacer la vida más difícil.

JULIA. De cualquier modo hace bien recordar cuentos infantiles. Es curioso. Desde niño le fabrican a uno la idea de cómo debe ser la vida matrimonial. En la mayoría de las historias infantiles el final feliz está dado porque los personajes principales terminan casándose, conquistando el amor de una princesa o alguien muy famoso.

ROMERO. En los cuentos que me hacían de pequeño las princesitas me las imaginaba parecidas a ti.

JULIA. ¿Verdad? Pues a mí los más perversos dentro de los malvados, poniéndome a recordar, se me dan un cierto aire a ti.

Rien y se besan largamente. La música de fondo puede intensificarse un poco más. Romero carga a Julia y la lleva a lo último del escenario, remedando el clásico gesto de dos amantes antes de llegar a la habitación en las lunas de miel. La luz se va apagando muy lentamente. Se deshace la atmósfera de los diálogos anteriores. Entra ruido de la calle, de conversaciones entre vecinos, de acera a acera; claxons de automóviles, sonido de botellas al trasladarse de un lugar hacia otro y de cacharros en la cocina de la casa. Se va iluminando completamente el escenario. Romero sentado leyendo un periódico. Se oye la voz de Julia desde la cocina.

JULIA. Tienes el desayuno preparado.

ROMERO. Ahorita voy.

JULIA. Ahorita, ahorita, ¡allá tú!, si se te enfría, es problema tuyo. Yo me tengo que ir volando.

ROMERO. Adiós.

JULIA. Acuérdate de hacer la gestión que te dije.

ROMERO. Sí.

JULIA. (Entrando en escena.) Chico, ¿y eso que tú no tienes ningún apuro hoy, eh?

ROMERO. Hoy no entro al trabajo hasta las 10:00. Ya te lo dije.

JULIA. ¡Ah! ¿Hoy es jueves? Ya yo ni me acuerdo del día de la semana que es. Pero ese periódico es viejo, ¿no?

ROMERO. Sí, de ayer. Pero no había tenido tiempo para leérmelo.

JULIA. Leyendo periódico viejo, como dice el chiste.

ROMERO. (Levantando la vista del periódico.) ¿Tú no estabas apurada?

JULIA. Sí, ¿y qué?

ROMERO. ¿Y entonces qué haces perdiendo el tiempo? (Consulta el reloj.) Dale, que estás atrasada.

JULIA. Tienes deseos de que me vaya y te deje en paz, ¿verdad?

ROMERO. No creas, todavía llegas a comprenderme bien.

JULIA. ¿Te burlas?

ROMERO. De ninguna manera, mi amor. Me atengo a la más estricta verdad de los hechos.

JULIA. ¡Cretino!

ROMERO. ¡Ay, qué fina!

JULIA. ¡Comemierda!

ROMERO. Ahora sí.

JULIA. ¿Y esto tendrá que ser todos los días?

ROMERO. Eso mismo me pregunto yo.

JULIA. Parece mentira, a la mañana siguiente de una fecha tan importante para los dos.

ROMERO. No te aflijas, casi siempre las efemérides suelen estar muy cercas unas de otras, ¿no te has dado cuenta? (En otro tono.) Y no me culpes a mí. Tú quisiste jugar a las mentiras. Yo sólo te seguí la corriente. Eso fue lo que pasó ayer.

JULIA. Estuvimos de acuerdo.

ROMERO. Sólo por una noche. No sé por qué te hiciste ilusiones.

JULIA. ¡Oigan eso! Como dos burdos amantes de posada.

ROMERO. ¿Tienes algo en contra de las posadas?

JULIA. Mejor me callo para no nombrarte a todos tus antepasados.

ROMERO. (*Irónico.*) Es lo indicado. La lista de los tuyos sería interminable. (*Más serio.*) Y no sigas. No sé quién tiene la culpa. Yo tengo mi parte, lo sé. Pero no podría decirte, no sé. Tú tienes la tuya, la ciudad, el tiempo, la gente, la vida, ¡qué coño!, no sé. Es mejor olvidar, o si no obviar el presente, ir a leer periódicos viejos, como tú dices. (*Comienza a revolver un montón de periódicos apilados.*) ¿Ves este, por ejemplo? (*Leyendo.*) 7 de marzo de 1985. Hacía muy poco que éramos novios. ¡Qué maravilla!, ¿verdad? Pero ahora, lo mejor que haces es irte y dejar tu pasado detrás, como todos.

JULIA. No sé cómo pude ser tan estúpida como para hacerme ilusiones al lado de un hombre como tú.

ROMERO. Pregúntale a tu conciencia.

JULIA. A tu madre se lo voy a preguntar.

Sale de escena dando un gran portazo. Romero se incorpora de pronto y comienza a reír.

ROMERO. (*Al público.*) Mi personaje no acaba de gustarme, deja que su mujer lo insulte demasiado. ¡Sin haber llegado lo peor! Pero eso sí que no se los adelanto, porque no me puedo estar jugando el papel.

Ríe a carcajadas. Se oscurece el escenario.

ESCENA II

Entran el Diablo y la Muerte por el extremo derecho del escenario. Visten como en la escena de la boda. Al fondo hay un letrero grande que reza: «Funeraria», y telones oscuros.

LA MUERTE. Ya estoy decidida. Es lo único que puede solucionar el problema de una vez y por todas.

EL DIABLO. Por última vez me atrevo a pedirle cordura. Lo de la noche anterior no fue más que un simple pasatiempo. LA MUERTE. ¡Usted y sus teorías! ¿Por qué no comprende, eh? Para tener certeza de la victoria se hace imprescindible asestar el gran golpe, el irremediable, el que todo lo puede y consigue. En honor a la verdad, creo que he estado demasiado condescendiente, muy confiada a usted. Pero ya ha sido bastante para darme cuenta de que mi papel estelar me corresponde jugarlo precisamente ahora. ¡Ahora o nunca!

EL DIABLO. Con todo el respeto que merecen sus razones, ¡es absurda esa manera de expresarse! ¡Si casi los tenemos en nuestras manos! No pueden con el mundo que se les viene encima; el aburrimiento, los amigos, la sangre que les bulle en las venas y pugna por salirse a borbotones si no es complacida con un cambio. Créame, tal vez sea una vía más lenta, pero no por ello menos efectivo el resultado. Piense en una gota de agua que caiga cada segundo sobre una roca.

LA MUERTE. ¿De qué hablas, iluso? ¿Es que merman tus preciosas facultades? Escúchame sin ofenderte. Todo lo que continúas proponiéndome depende de plazos y más largos plazos. ¿Hasta cuándo seguir esperando? Mi orgullo y mi honor no me permiten aguardar durante más tiempo por soluciones que provienen, en última instancia, de contradicciones entre los hombres. Por si fuera poco, es mi gran oportunidad de lograr una contundente venganza histórica. Estos dos no tienen ninguna intención de morir, como aquellos de entonces. Eso está a la vista. A pesar de todas sus posibles desavenencias quieren vivir. No existe ninguna causa auténticamente trágica que los haga separarse. Ahí es donde debo entrar yo. ¡Si está bien claro! Toda historia de amor ha necesitado siempre de un golpe radical que la fulmine para que caiga destruida.

EL DIABLO. Sólo que lo que pretende es mucho más peligroso. ¿Qué ganaría con destruirlos y recogerlos eternos en sus

lúgubres mazmorras? De simple relación anónima se convertirían en una pareja bien famosa y recordada durante siglos. ¿No se da cuenta de que fue lo que glorificó a los héroes de esa historia que la atormenta? Comete usted un error gravísimo.

LA MUERTE. No será de ninguna manera lo mismo. Medita. En aquella oportunidad todo lo decidieron ellos mismos. Ahora yo elegiré uno de los dos para evitar suspicacias y miles de tonterías que se inventan. Nada de heridas ni brebajes, sino algo bien burdo que nadie pueda evocar con el tiempo. Lo único que resta es seleccionar cuál de los dos.

EL DIABLO. No puedo acabar de admitirlo.

LA MUERTE. Pues hazlo ya.

EL DIABLO. ¿Ahora mismo?

LA MUERTE. Sí. Hasta podemos entrar un rato (*señala al fondo del escenario*) para que te vayas familiarizando. Escogí el lugar precisamente por las asociaciones que puede suscitar para nuestro plan.

Se van al fondo del escenario y desaparecen entre telones. Se ilumina el otro lado del escenario. Cupido y Venus sentados en un banco. También visten como en la escena de la boda. Hay una pequeña escenografía al fondo que sugiere un palacio de matrimonios. Puede estar el letrado que lo indica.

CUPIDO. Ya lo tengo.

VENUS. ¿A quién?

CUPIDO. Hay que buscarle una nueva pareja a cada uno.

VENUS. ¿Pero en qué te has convertido?

CUPIDO. Únicamente para pinchar un poco. Nada serio, pero sí algo que pueda mantenerlos vivos para el amor.

VENUS. Es complicar las cosas más de lo que están.

CUPIDO. No creo. Cuestión de manejar con cuidado, que lo que pueda ser beneficioso, no provoque el efecto contrario.

VENUS. ¿Y si llegaran a enamorarse entonces de esa otra persona? Conoces perfectamente casos similares.

CUPIDO. Si es cierto que esta vez ha venido a buscar un apoyo sincero en mi persona, demuéstreme su confianza y déjeme hacer. No se arrepentirá.

VENUS. Es que aún me hallo confundida. Nunca pensé que después de aquella ceremonia todo volvería a complicarse.

CUPIDO. Se lo advertí desde entonces. Y ya ve.

VENUS. Es cierto. Y curioso. Últimamente siempre llevas bastante razón y hasta logras convencerme. Corre lo más veloz que puedas y lleva a la práctica toda tu estrategia sin perder un solo minuto.

CUPIDO. Gracias por su comprensión. Con su permiso entonces.

VENUS. Mucha suerte en la empresa.

CUPIDO. Adiós.

Salen. Queda Venus unos instantes en escena, pero desaparece rápidamente también.

ESCENA III

Debe sugerirse que se representan dos escenas paralelas que ocurren en diferentes sitios, iluminando cada lado del escenario. En uno de ellos aparece Romero y Andrés, sentados uno frente al otro, con Romero de espaldas al público. En el otro, Julia y Cristina, también sentadas frente a frente, con Julia de espaldas a los espectadores. Mientras se ilumina un espacio, se oscurece el otro, y viceversa. Todo ello en el más absoluto silencio e inmovilidad por parte de los personajes. Sin embargo, después de esta convención inicial se iluminará la escena totalmente. Andrés y Cristina comienzan a mostrar-

se nerviosos, tensos. Se advierte cierta indecisión en ellos antes de comenzar a hablar. Se hacen señas desde sus respectivas posiciones, gesticulan. La acción se dilata. Andrés se levanta y vuelve a sentarse. Cristina hace igual. Se muestran tal y como si esperasen que sucediera algo y miran hacia distintos puntos del escenario. Realizan algún gesto de incomformidad, pero al mismo tiempo se manifiestan inhibidos. Al fin comienzan a hablar.

ANDRÉS. (*Se dirige a Romero.*) Fíjate, no estoy asegurando nada, para que después no digan que yo dije. Yo sólo me hago eco de lo que oí comentar.

CRISTINA. (*Se dirige a Julia.*) ¿Y desde cuándo es eso, mi amiga? ¡Qué barbaridad! ¡Pero nosotras hace tanto que no hablamos!

ANDRÉS. Mucho tacto primero. Y después si la cosa es cierta, valor, mucho valor.

CRISTINA. Alguna vez tenía que pasar. ¡Si estaba esperando nada más que le dieran un chance!

ANDRÉS. ¿Y cómo está el otro asunto que tú sabes?

CRISTINA. La suerte es que hay más de una esperanza por medio.

ANDRÉS. No importa, la vida es una caja de sorpresas.

CRISTINA. ¿Te acuerdas cuando yo te advertí algunas cosas al principio?

ANDRÉS. Es duro, es duro tener que hablar ciertas cosas, pero esa también es de madre.

CRISTINA. Yo también tuve uno con ese nombre.

ANDRÉS. No funciona.

CRISTINA. ¿Qué? (*Pausa.*)

ANDRÉS. (*Levantándose.*) Que no funciona.

Pausa. Todos se miran unos a los otros como en busca del texto que sigue, pretendiendo salvar el «bache».

CRISTINA. Yo siempre supe que no funcionaba.

ANDRÉS. ¡No me digas! Y si lo sabías, ¿por qué no lo dijiste antes?

CRISTINA. ¡Imagínate! Porque si no, la historia no hubiera podido siquiera empezar.

ANDRÉS. Yo no estoy hablando de estos dos. (*Señala a Romero y a Julia.*) Digo la escena. No funciona así. ¿A quién se le ocurrió eso de que estén los dos diálogos al mismo tiempo bajo este sol? (*Señala las luces.*) O hacemos una escena primero y la otra después, o las dos de un tirón; pero encendiendo aquí y oscureciendo allá.

ROMERO. (*Incorporándose.*) Chico, yo no sé, a mí me dejaron un recado en el camerino de que esto se iba a hacer así para que no me asustara. ¿A ustedes nadie les dijo nada?

JULIA. A mí sí. Un nota que me echaron en mi bolso.

CRISTINA. Habrá sido privilegio con los protagonistas.

ROMERO. Oye, no empieces con tus pullitas.

JULIA. Pero fíjense, en el papel que me mandaron había una explicación y todo del por qué. El problema es que se quiere enfatizar en que los dos diálogos están ocurriendo al mismo tiempo y romper con la convención del apaga aquí y enciende allá.

ANDRÉS. Así lo que nadie va a entender nada. (*Al público.*) ¿Verdad?

ROMERO. Pero tiene un poco de razón el que dice eso. ¡Qué difícil es demostrar, por ejemplo, que dos acciones están ocurriendo al mismo tiempo!

ANDRÉS. Pero ¿cómo que difícil?

De pronto se apaga una parte del escenario y queda sólo un espacio iluminado.

CRISTINA. ¿Y esto qué cosa es ahora?

ANDRÉS. Nada, que volvimos a lo tradicional, lo único que tú no te ves.

VOZ. (Off) Rogamos a los espectadores que nos disculpen por las molestias que podamos haberles causado con las imprecisiones luminotécnicas durante esta escena. Este tipo de imprevistos o deficiencias, más propios de otros medios que del teatro, se han producido debido a la condenable intromisión de uno de los personajes. Les aseguramos que no volverá a ocurrir. Gracias por la atención dispensada y que tengan todos una feliz noche.

ROMERO. Perdónenlo a él también. Durante un tiempo fue locutor de la T.V.

CRISTINA. ¡Ah, no!, después de esta pena que me han hecho pasar, yo no voy a ponerme a repetir textos.

JULIA. Miren, si quieren que les diga la verdad, estoy de acuerdo con ella (*señala a Cristina*) por esta vez. Si nos ponemos a analizar, aquí, en este momento, lo único que pasa es que esta gente (*señala a Cristina y Andrés*) se encargan de pincharnos a nosotros (*señala a Romero y a sí misma*) para que se exacerbén las pasiones y las cosas se pongan a punto de la ruptura. (*Al público.*) Pero ustedes deben estar cansados de ver eso. ¡Si de hechos así está llena la vida real! Hasta oí hablar cierta vez de una historia... Sí, en esta misma ciudad, bueno, yo creo que el dramaturgo se inspiró en ella..., lástima que nunca haya podido contármela bien. Casi nadie se la sabe completa, y los que la conocen se han ocupado tanto de cambiarla que ya ni se acuerdan de qué fue lo que ocurrió realmente. De cualquier modo, debe haber sido una hermosa historia.

Se va oscureciendo lentamente la escena.

ESCENA IV

Entran Julia y el Don Juan por el lado izquierdo del escenario. Ella viste minifalda negra muy ajustada y zapatos de tacones altos. Se detienen a hablar.

DON JUAN. Si quieres puedo invitarte a mi casa... a tomar algo.

JULIA. No, prefiero llegar temprano a la mía.

DON JUAN. (*Intentando abrazarla.*) ¿Qué te ocurre?

JULIA. (*Resistiéndose.*) Es que... (*se palpa el estómago*) no me siento bien del todo, puede ser algo que comí..., aunque no sé..., es como si el vestido me quedara estrecho.

DON JUAN. Te ves muy bien así.

JULIA. Estoy cansada. ¿Por qué mejor no nos despedimos?

DON JUAN. Puedo acompañarte.

JULIA. No es necesario.

DON JUAN. No pareces la misma persona con la que comencé a hablar por primera vez. ¿No te gustó la obra?

JULIA. Quizás haya sido que me gustó demasiado.

DON JUAN. No te entiendo.

JULIA. Sería difícil de explicar.

DON JUAN. Con un hombre como yo desaparecerían todos tus problemas.

JULIA. ¿Es una broma, no? Mira, mejor me voy.

Hace ademán de irse.

DON JUAN. (*Deteniéndola.*) No puede ser tan rápido. ¿No te das cuenta de que casi estoy enamorado de ti?

JULIA. ¡No me hagas reír! Lo que pasó pasó. Es suficiente.

DON JUAN. ¿Alguien te espera?

JULIA. Sí.

DON JUAN. No me importa. Debes llegar conmigo.

JULIA. Ah, ¿pero de qué época tú eres? ¿No acabas de entender que no quiero que sigas avanzando? Todo tiene un

límite, un límite. (*En ese momento debe desprenderse una viga desde lo alto que haga derribar a Don Juan.*) ¡Ay, mi madre!, ¿qué ha sido eso?, ¡las cosas que me pasan a mí!, este teatro tan antiquísimo, en cualquier momento podía empezar a caerse en pedazos y desmoronarse, ¿pero por qué precisamente ahora? ¡Juan! (*Trata de reanimarlo.*) ¡Juan!

Se va oscureciendo lentamente.

Entran Romero y la Prostituta por el otro lado del escenario. Él viste pantalones holgados y camisa de manga larga. Lleva una manilla en una de sus muñecas. Caminan por un parque cerca de la zona más antigua de la ciudad. Se detienen.

ROMERO. ¿Ves que no nos llevaba tanto tiempo? (*Malicioso.*) Ya hemos hecho un buen recorrido.

LA PROSTITUTA. (*Acercándosele mimosa.*) ¿Qué hubiera sido de esta noche para mí sin tenerte a mi lado?

ROMERO. ¡Quién sabe!

LA PROSTITUTA. Lo que es raro es que... te haya permitido tomar confianza tan rápido. Lo que pasó... no sé, no me lo puedo explicar.

ROMERO. No hace falta.

LA PROSTITUTA. No te vas a llevar una mala opinión de mí por eso, ¿verdad?

ROMERO. Claro que no.

LA PROSTITUTA. Menos mal. Es que a veces soy un poco impulsiva.

ROMERO. (*Señalando hacia el otro lado.*) ¡Eh!, ¿y esa cantidad de gente?

LA PROSTITUTA. Parecen como si salieran del teatro.

ROMERO. ¿Cuál teatro si el edificio queda hacia allá? (*Señala hacia el público.*)

LA PROSTITUTA. Digo el otro, el más antiguo.

ROMERO. ¿Ah, sí? No sabía que estuviera abierto. Pensé que con lo viejo que estaba...

LA PROSTITUTA. Pues parece que es una buena función.

ROMERO. ¿Cómo se llamará?

LA PROSTITUTA. ¿Quién?

ROMERO. La obra.

LA PROSTITUTA. ¿Cómo lo voy a saber? Mira, lo mejor que hacemos es apurarnos y llegar antes que todos ellos a la parada de la esquina.

ROMERO. Sí, tienes razón.

Salen por el fondo del escenario.

ESCENA V

Aparece una habitación similar a la de la escena V del Primer Tiempo: la cama-camara y el retrato bien grande de la boda de los protagonistas; con la diferencia de que ahora se ven todos los invitados sin excepción. Pueden haber otros objetos que brinden la imagen de que se trata del cuarto de un matrimonio joven. Se escucha un portazo y a continuación entra Romero.

ROMERO. (*Gritando.*) ¡Julia! (*Camina unos pasos por la habitación y vuelve a gritar.*) ¡Julia! (*Se sienta y comienza a quitarse los zapatos y las medias. Después hace lo mismo con la camisa y se tumba a lo ancho de la cama. De pronto se escucha un segundo portazo. Entra Julia a escena; su aspecto es bastante desaliñado.*) Vaya, ¡al fin!, ¿no oías que te llamaba?

JULIA. ¿No te das cuenta de que acabo de llegar?

ROMERO. (*Incorporándose.*) ¿Ah, sí? (*Amenazador.*) ¿Y dónde has estado si se puede saber?

JULIA. Por ahí, igual que tú.

ROMERO. Te hice una pregunta.

JULIA. Y yo te he respondido.

ROMERO. Pero no como debes hacerlo.

JULIA. ¿Y qué cosa puedes exigir tú acerca de lo que debe hacerse o no?

ROMERO. (*Más cariñoso.*) Julia, Julita. ¿Dónde has estado, eh? ¿Será que alguien te invitó a pasear o a dar un viaje muy largo? (*Se levanta y se acerca hacia ella.*)

JULIA. Aléjate, ¡con ese olor a alcohol!

ROMERO. Sí, estaba tomando, ¿y qué? Me vinieron a buscar unos amigos..., les dije que tenía una esposa que se llamaba Julia con la que estaba casado hace más de dos años y a la cual debía esperar, pero ellos no quisieron oírme. ¿qué quieres? Y yo la verdad es que estaba comprometido, ¡las cosas que me han resuelto! ¿Y tú? Te dije que me esperaras, que hoy sí íbamos a salir.

JULIA. ¿Y crees que todavía puedo creer en lo que me dices? Yo también estuve con varias amigas. Fuimos al cine, tomamos helados y conocimos a unos muchachos muy simpáticos, ¿qué te parece? Uno de ellos conversó muy conmigo que con las otras, y sin dudas, era el mejor parecido de los tres. Ellas me envidiaban y hasta se ponían celosas; pero a él no le importaba, la única que le atraía era yo. Terminamos besándonos y prometiendo volver a vernos. ¡Era un ángel!

ROMERO. ¡Para ángeles estoy yo! ¿Qué te has creído, eh? ¿Que estamos en Europa o en el siglo XXV para que te tolere esas confesiones? ¿Por quién me tomas? ¡Si debiera matarte! (*Comienza a golpearla.*)

JULIA. (*Tratando de defenderse y de golpear a su vez.*) Te odio, coño, te odio, por eso lo hice. ¿Te crees que no sé a lo que te has dedicado esta noche y otras tantas como esta? ¡Si no tienes moral para acusarme de nada! (*En ese momento Romero le asesta un fuerte golpe al rostro; Julia queda atontada. Romero deja de golpearla asustado; Julia comienza a hablar en otro tono.*) ¡Romero, coño!. ¿yo conocí alguna vez a alguien con ese nombre? Me suena, me parece familiar, pero no, no, debe ser una

confusión. Cuando pasan los años una comienza a mezclar los recuerdos, ¿será el tiempo?, ¿y qué cosa es el tiempo? Siempre me lo he preguntado. Al principio no nos conocemos, después ¡lástima!, nos conocemos tanto que parece que nunca llegamos a conocernos. ¡Parece un juego de palabras! (*A Romero.*) De verdad, no te conozco. Nunca conocí a nadie que le llamaran de ese modo. Ojalá hubiera tenido la dicha de amar a alguien con nombre propio al menos, sin importar cuál fuera. Pero el que yo amé nunca lo tuvo, fue un ser imaginario.

Cae derribada sobre la cama, bajo el efecto de los golpes anteriores. Romero se asusta aún más e intenta que vuelva en sí. Al no poder conseguirlo, trata de levantar el cuerpo de Julia para pedir ayuda. Bajo el efecto de la bebida tampoco puede sostener el peso de su esposa y cae al suelo junto a ella. En ese mismo instante entra Cupido. Se adelanta unos pasos hacia el público.

CUPIDO. Un momento, un momento. (*Dirigiéndose con gestos a la dirección de la obra.*) De veras que esto no tiene sentido, ¿de qué sirve angustiar a los espectadores? (*Al público.*) ¿Ustedes recuerdan algo, verdad? Cuando yo les hablé por primera vez, les advertí que había una escena importante que aparecía al principio que en realidad no ocurrió en ese momento. ¿Todavía la retienen en sus memorias? Ojalá, porque verdaderamente no hay motivos para afligirse. Yo les aseguro que el impacto no fue tan grave como quieren hacerlo ver. Ahora bien, lo que sí hace falta es un brevísimo intermedio para atar bien los cabos. Después (*con especial énfasis y firmeza*), a pesar de todo, ustedes van a saber del desenlace que yo conocí.

Se oscurece.

EPILOGO

Entra música dulzona de violín unos instantes. Entran Romero y Andrés de súbito. Caminan mientras hablan. Cesa la música.

ANDRÉS. Bueno, ¿y qué? ¿No hay arreglo?

ROMERO. Yo creo que no, compadre.

ANDRÉS. ¿Después de tanto tiempo juntos?

ROMERO. ¿El tiempo? Tal vez ninguno de los dos tenga la culpa y sea eso, ¡el tiempo!

ANDRÉS. ¿Pero de qué tú estás hablando, muchacho?

ROMERO. Yo me entiendo. *(Pausa.)* A ver, y en definitiva, ¿por qué te asombras tanto? ¿Te acuerdas cuando me hice novio de ella?

Salen. Entran Julia y Cristina. También caminan mientras hablan.

CRISTINA. ¡Qué lástima, chica! ¡Tan bien que ustedes se llevaban!

JULIA. ¡Qué imaginación!

CRISTINA. No hace tanto me contaste lo de la fiesta en la casa por el aniversario de bodas.

JULIA. ¡Ah, sí! Y al día siguiente...; no lo entenderías. Es que las cosas cambian. Ese es el problema. O quizás la suerte. *(Pausa.)* ¿Te acuerdas cuando me hice novia de él? *(Salen.)*

Entran el Diablo y la Muerte. El primero trae dos sillas. Se colocan en el extremo derecho del escenario y se sientan. Lo mismo hace Cupido y Venus por el lado izquierdo, y es también el primero el que carga con los asientos. El Don Juan y la Prostituta irrumpen sosteniendo una pequeña mesita y luego dos asientos y se acomodan al centro del escenario

para fungir como juez y secretaria de actas, respectivamente. La disposición en los elementos de la escena debe sugerir un juicio. De pronto la Prostituta se levanta del asiento, percatándose de que ha olvidado algo, y sale del escenario. Regresa cargando con gran esfuerzo un enorme cartel que anuncia:

El juego del teatro en el amor

de Luis Alberto Rivero

Puesta en escena: Abelardo Estorino

REPARTO DE ACTORES

Romero: Julio Rodríguez

Julia: Adria Santana

Cupido: José Raúl Cruz

Venus: Corina Mestre

La Muerte: María Elena Soteras

El Diablo: Vicente Revuelta

Don Juan: Daniel González

La Prostituta: Yolanda Zamora

Cristina } Actores

Marylín } invitados

Andrés } del registro

Lino }

Don Juan da tres golpes en la mesa.

EL DIABLO. *(A la Muerte.)* Pienso que no debemos preocuparnos. Ya ve, todo se resolvió de manera fortuita. Ni usted tuvo que apelar a sus recursos más poderosos, ni yo tuve necesidad de actuar. Ellos, por sí mismos, decidieron su destino.

LA MUERTE. De todas formas, nunca me perdonaré mi error en el asunto del homicidio. *(Mira a Don Juan buscando su comprensión; este asiente levemente.)* Y por otro lado, aún corremos el riesgo de la reconciliación.

EL DIABLO. De ninguna manera. En el caso de que se produjera, sería artificial, un espejismo en el que caerían momentáneamente, para no tardar en arrepentirse y romper de forma definitiva. Nada podrá ser igual que antes.

VENUS. (Interrumpiendo). Pero es natural. ¿Cómo pretender que la relación se mantenga invariable, inalterable, si ellos, individualmente, ya no son los mismos? (El Don Juan da unos golpes sobre la mesa, reprendiendo a Venus por haber hablado antes de que le tocara su turno, pero esta continúa.) ¿No se dan cuenta? ¿No entienden que se han convertido en unos seres diferentes?

CUPIDO. ¡Un momento! ¡Un momento! Todo eso está muy bien. Pero ellos no eran los verdaderos Romero y Julia. Él nunca miraría de esa manera. Ella jamás alargaría tanto los brazos.

EL DIABLO. ¿Pero es que queda algo que puedas defender aún?

LA MUERTE. Es imposible. Ante todos ha quedado expuesto cuál es el estado en que queda una pareja luego de un período de relación. ¿Qué más se puede alegar?

CUPIDO. (A Don Juan.) Le ruego me deje aclarar esta situación.

VENUS. Magistrado, por favor, permítale que exponga sus razones.

DON JUAN. Es que no veo que haya nada más que señalar. ¡Si los hechos hablan por sí solos! La razón no puede estar de otro lado que no sea el de acá. (Señala a su derecha, hacia el Diablo y la Muerte.) Y en cuanto a ellos (refiriéndose a los amantes) es obvio que no pueden ser absueltos, su condena está echada.

CUPIDO. Insisto. Esos que estuvieron aquí no eran los de la historia. ¡Se parecían, eso sí! Pero es que Romero y Julia formaban una pareja única. ¿Por qué se empeñan en juzgarlos sin estar ellos presentes? (Al público.) Necesitan de verdaderos amigos que los ayuden a sobrevivir. ¡Todo esto les recuerda tanto su propia historia!

La luz se sitúa sobre las lunetas. Cristina, Marilyn, Andrés y Lino empujan a Romero y Julia para que suban a escena. La pareja camina desde el público y sube los escalones hasta el escenario, pero bien separados uno del otro y sin tomarse del brazo. Él viste ropa de trabajo. Ella un vestido rojo muy holgado, evidenciando que está embarazada. La imagen que proyectan no es a la que nos ha acostumbrado el Romero y la Julia que hemos visto a lo largo de toda la obra. Todos los personajes excepto Cupido quedan muy sorprendidos. Romero y Julia se colocan en el centro del escenario, un tanto adelantados hacia el público. Se muestran tímidos e inhibidos.

EL DIABLO. Esto es inadmisibile. Una vulgar manipulación.

CUPIDO. Es sólo la más pura verdad.

LA MUERTE. (A Don Juan.) ¿Qué replica usted a eso?

DON JUAN. Perdóneme, señora, pero ahora sí me hallo muy confundido. ¿Cómo pretende que niegue algo así? (Señala el abultado vientre de Julia.) Me siento obligado a renunciar al cargo para el que se me ha designado. No tengo ninguna opinión seria y me confieso en total incompetencia para poder declarar nada.

Se retira y convence a la Prostituta para que lo haga junto a él.

EL DIABLO. ¡Increible! (Refiriéndose al estado de gestación de Julia.) ¿Cómo pudo haber ocurrido en condiciones tan difíciles?

LA MUERTE. Me convenzo aún más. Sólo era posible destruirlos para poder evitar el advenimiento de esa nueva fuerza.

EL DIABLO. ¡La eterna lucha! Pero entonces no hemos sido derrotados de ninguna manera.

LA MUERTE. No, nadie nos ha vencido nunca, a pesar de todo.
Compruébelo en esos rostros.

Luz sobre los rostros inexpresivos de Romero y Julia.

VENUS. (*A Cupido.*) Debemos marcharnos. No veo que tampoco haya por nosotros algo más que hacer. (*Refiriéndose a la pareja.*) Están definitivamente separados. Y nosotros, perdidos.

CUPIDO. Cállese.

VENUS. ¿Cómo puedo estarlo?

CUPIDO. Pensando que hemos arribado a un final cierto.

VENUS. Pero desastroso.

CUPIDO. Nunca lo vi así.

VENUS. Está claro. Jamás podremos estar completamente de acuerdo.

Julia recibe una intensa luz sobre su figura, especialmente sobre su vientre, que no pueden resistir el Diablo y la Muerte; ambos salen visiblemente disgustados. Les siguen Cupido y Venus. Queda la pareja en escena. Saludan tímidamente, casi avergonzados, al público, y comienzan a bajar con mucho cuidado para volver a confundirse entre los espectadores. Luego se oscurece completamente.

TELÓN

Este título fue procesado en los talleres (06 - 07)
del Combinado del Libro "Alfredo López"
en el mes de abril de 1995
"Año del Centenario de la
caída de José Martí"